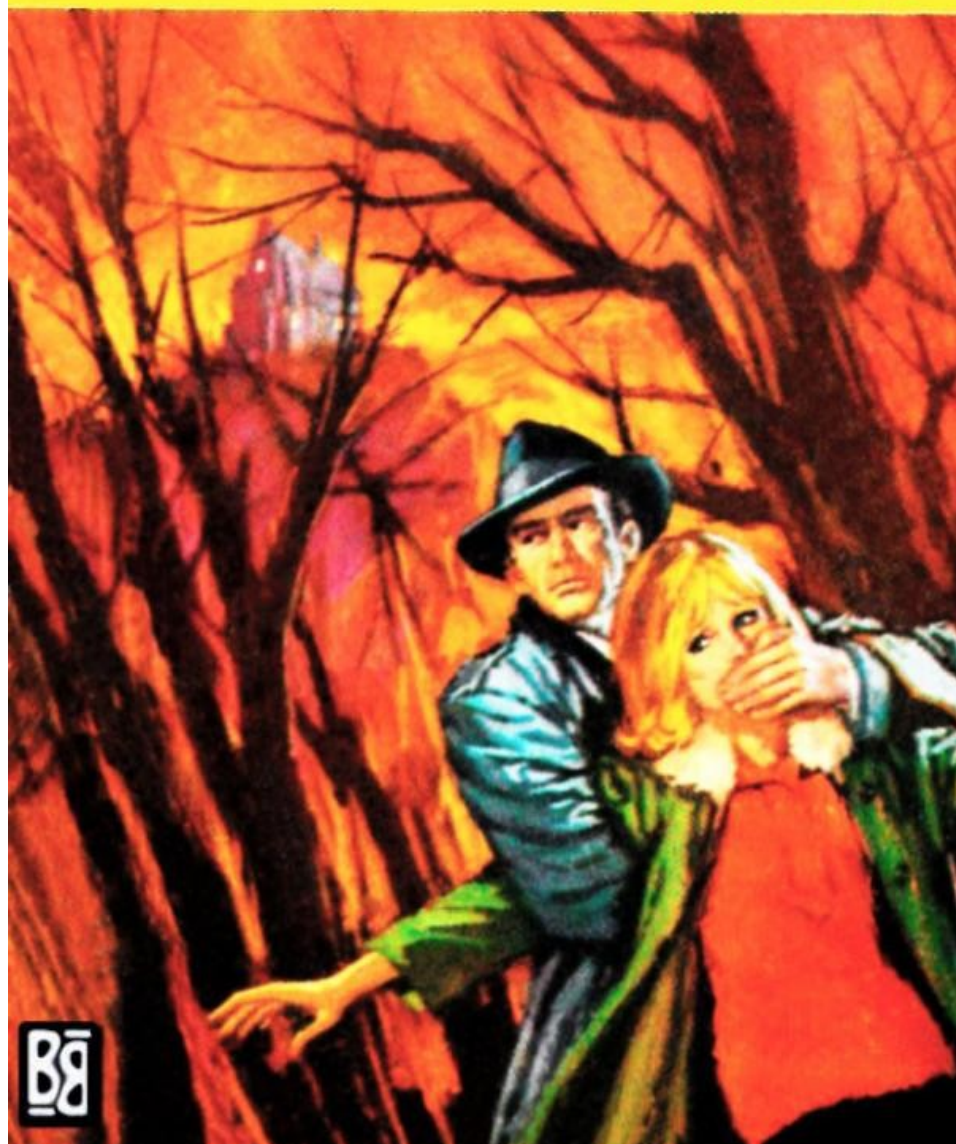


PUNTO
ROJO

el brazo del destino

louis g.milk



B&B

EL BRAZO DEL DESTINO



CASSIE
PANNOX

a. Stamba

SHARMYN
GALDEW



LOUIS G. MILK

EL BRAZO DEL DESTINO

Colección PUNTO ROJO n.º 156
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Dépósito legal: B 35.375 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: enero 1966

© LOUIS G. MILK - 1966
sobre el texto literario

© ANTONIO BERNAL - 1966
sobre la cubierta

© COSTA Y ALTAMIRA - 1966
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 9.162/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

778 — Los diablos fugitivos.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

90 — La sombra del terror.

En Colección PUNTO ROJO:

188 — Filmando a la muerte.

En Colección BÚFALO:

001 — “Fuerte Desesperación”.

En Colección CALIFORNIA:

451 — La última palabra.

CAPÍTULO PRIMERO

El viento silbaba con fuerza, haciendo estremecerse los vidrios de la ventana, tras la cual se hallaba el hombre, provisto de unos potentes prismáticos de marina. Las llamas danzaban alegremente en la chimenea, como una especie de cálido y bullicioso contrapunto al mal tiempo que reinaba en el exterior.

El hombre de los prismáticos giró, sin moverse del sitio, y se encaró con otro sujeto que se hallaba sentado en las cercanías de la chimenea, con una copa de licor en las manos.

—Parece que se retrasan —comentó.

—Tenga calma, capitán Haffner —dijo Perf Stockton—. Tienen que venir. Les interesa tanto como a usted y a mí.

—Más a ellos que a nosotros —dijo Haffner. Una torva sonrisa distendió sus labios—. A fin de cuentas, usted y yo ya tenemos lo nuestro.

Hizo una pausa. El viento silbó agudamente.

—Incluso podríamos marcharnos con toda tranquilidad, sin que nadie nos dijera nada.

—No iríamos demasiado lejos y usted lo sabe, capitán —afirmó Stockton—. Es preciso taparles la boca.

Haffner era un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad, robusto, de mediana estatura, nariz aguileña y ojos rapaces. Por contraste con él, Perf Stockton era alto y delgado, casi esquelético, pero su expresión no era menos voraz que la del otro ocupante de la estancia.

Anohecía. Por encima de los alaridos del viento, se oían los golpes de las olas contra la base de los acantilados en los cuales se hallaba la casa.

A poco más de un kilómetro de distancia, el faro de Sword Point

emitía sus destellos de luz con intervalos regulares. El camino que conducía al faro pasaba a escasos metros de la puerta del edificio.

Sword Point (Punta de la Espada) tenía el nombre adecuado. Era una estrecha lengua de tierra, árida y rocosa, que se adentraba en el mar, como una gigantesca espada, recta y tensa hacia un invisible objetivo. El faro había sido levantado casi en la punta, a unos treinta metros sobre las olas que rompían constantemente contra los cantiles.

Un camino serpenteante, que a veces descendía hasta unos doce o quince metros de la orilla del mar, unía la casa y el faro con la ciudad más próxima, situada a catorce kilómetros de distancia. Más que ciudad, era una aldea de pescadores, cuyas embarcaciones se hallaban ahora amarradas, a causa del mal tiempo.

Haffner cruzó la estancia, amplia y espaciosa, y se acercó a otra ventana, situada en posición opuesta al faro, desde la cual se avistaba el camino que conducía a la aldea. Escrutó el panorama con los gemelos y, al cabo de unos momentos, los dejó caer sobre su pecho.

—Nada —dijo con acento desencantado.

Stockton se llenó la copa nuevamente.

—Bueno, ya vendrán —dijo sin inmutarse.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Haffner vio brillar unas luces a lo lejos.

—¡Al fin! —exclamó.

Stockton se puso en pie y se acercó a la ventana.

—Parece un automóvil —comentó.

Las luces se movían con rápidas oscilaciones.

—Deberían arreglar el camino —rezongó Haffner—. Hay un trozo que se puede derrumbar en cualquier momento.

—¿Qué nos importa a nosotros ese camino? De todos modos, mañana nos habremos ido de aquí para siempre.

Soltó una risotada.

—El único que podría sentirse preocupado es Mac Davis, el torrero. Y yo creo —agregó con malicia—, que incluso se alegraría de que se hundiese el camino. Así no tendría miedo a las escapadas de su mujer.

El automóvil remontó la pendiente, trazó una amplia curva y se detuvo al fin frente a la casa.

—Voy a abrir —dijo Stockton.

Abandonó la sala y pasó al vestíbulo. La casa era relativamente grande, aunque de una sola planta.

—Si yo hubiese tenido dinero —refunfuñó Stockton, mientras se acercaba a la puerta—, no se me habría ocurrido jamás edificar una casa en este maldito acantilado.

Y abrió, justo en el momento en que dos personas subían los seis peldaños que separaban la casa de la pequeña explanada que había entre ella y el camino.

Stockton parpadeó asombrado. La pareja le resultaba perfectamente desconocida.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó desabridamente.

Eran un hombre y una mujer, ambos jóvenes. Él contaba unos treinta años de edad. Ella aparentaba seis o siete menos.

—Me llamo Cassie Pannox —dijo la muchacha.

—¡Pannox! —exclamó Stockton, atónito.

—Así es —confirmó Cassie—. ¿Es usted Perf Stockton?

El hombre asintió en silencio, completamente desconcertado por el nombre que acababa de escuchar.

—Mi padre me había hablado mucho de usted —prosiguió la chica—. Le describió tan bien, que habría sabido reconocerle en cualquier parte, señor Stockton, aun sin haberle visto jamás. ¡Oh, perdón!

Se volvió hacia su acompañante.

—Sharmyn, le presento a Perf Stockton. Señor Stockton, un buen amigo mío, Sharmyn Galdew.

—¿Cómo está? —saludó el joven. Era alto, de buena presencia, cabellos claros y ojos muy azules. Tenía un maletín en la mano y se cubría con un impermeable de color gris acero.

—Encantado —respondió Stockton, haciendo un esfuerzo por dominarse. Luego se volvió hacia la muchacha—. Señorita Pannox, crea que he recibido una gran sorpresa...

—Me lo figuro —respondió Cassie con desenvoltura—. ¿No nos invita a pasar, señor Stockton?

—Claro. Excúsenme, por favor. Estoy tan aturdido que...

—Gracias —sonrió Cassie, cruzando la puerta—. Venga conmigo, Sharmyn.

—Por supuesto —accedió Galdew—. ¡Vaya un tiempesito, eh! —

comentó sonriendo, al pasar frente a Stockton.

Éste reaccionó al fin.

—Señorita Pannox —dijo.

Ella le dirigió una fría mirada.

—¿Sí, señor Stockton?

—¿Puedo saber a qué ha venido usted a esta casa?

—Tengo entendido que el capitán Haffner está aquí.

—Sí. Es cierto, pero...

—Tengo que hablar con él, eso es todo —le atajó Cassie resueltamente.

—Espere, iré a avisarle.

—Le acompañaré yo. Mejor dicho, los dos.

—Pero, no entiendo...

Cassie le dirigió una mirada glacial.

—Puede acompañarme también, si gusta. No es ningún secreto lo que tengo que preguntarle al capitán Haffner. Imagino que debe estar en la habitación contigua, ¿no es cierto?

En aquel momento se abrió la puerta de la estancia mencionada.

Haffner apareció bajo el dintel.

—¡Perf! ¿Qué diablos...?

El asombro le impidió concluir la frase.

—¿Quiénes son esos dos? —preguntó, tras rehacerse de la sorpresa recibida.

Cassie se adelantó desenvueltamente.

—Me llamo Cassie Pannox —manifestó—. Usted debe ser el capitán Haffner, presumo.

—¡Pannox! —repitió Haffner, tan atónito como lo había estado Stockton unos momentos antes.

—Así es —reafirmó ella—. Le presento a Sharmyn Galdew, un buen amigo mío.

—¿Cómo está, capitán? —sonrió el joven.

—Mucho gusto —dijo Haffner con desabrimiento. Luego se volvió hacia la joven—. Señorita Pannox, ¿qué es lo que ha venido a hacer aquí? —preguntó.

—Hace una noche desapacible —respondió ella evasivamente—. ¿No nos invita a una copa para entrar en reacción?

Haffner hizo un esfuerzo.

—Vengan conmigo —dijo con voz ronca.

Los cuatro pasaron a la sala. Cassie se despojó del sombrerito impermeable que cubría sus cabellos rojizos, que se desparramaron en brillante cascada sobre sus hombros, y luego, ayudada por Galdew, se quitó también el abrigo.

Era de buena estatura y formas armoniosas, cubiertas por un sencillo traje de lanilla azul oscuro. Sus pies estaban metidos dentro de unas finas botas de piel negra y alto tacón, que le llegaban hasta la mitad de la pierna.

—Hace una temperatura muy agradable aquí —comentó con amplia sonrisa, acercándose a las llamas.

Haffner y Stockton parecían haber perdido el habla.

Cassie levantó la vista y contempló algo que había suspendido de la pared, sobre la chimenea.

—¡Caramba, qué cosa tan horrible! —comentó—. ¿Qué es, capitán?

—El brazo de un calamar gigante —respondió Haffner en tono malhumorado—. Yo mismo se lo corté de un hachazo cuando...

Galdew examinó el repulsivo trofeo, largo casi de cinco metros, con una especie de ensanchamiento o protuberancia en uno de sus extremos, el cual estaba cubierto de grandes ventosas. El grosor del miembro amputado alcanzaba los veinte centímetros en el punto máximo.

Cassie volvió la espalda a la chimenea y se enfrentó con Haffner.

—Sí, cuando mi padre fue asesinado —afirmó en tono rotundo.

Un denso silencio gravitó sobre la estancia después de las palabras de la muchacha.

Luego, el viento aulló lúgubrementemente, golpeando con fuerza los vidrios de las ventanas. El fragor de las olas ascendió por los acantilados y penetró en la casa.

Cassie volvió a sonreír.

—¿Qué hay de la copa prometida, capitán Haffner? ¿Se ha puesto malo? —preguntó solícitamente—. Está pálido como un difunto.

—No es nada —rezongó Haffner—. Perf, póngales de beber.

—Sí, capitán.

Stockton llenó dos copas y las entregó a los jóvenes. Cassie levantó la suya.

—A su salud, capitán. Y a la suya también, señor Stockton.

Haffner respiró con fuerza.

—Sería mejor que nos dejásemos de bromas, señorita Pannox. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Hacerle solamente una pregunta. ¿Mató usted a mi padre?

Haffner respiró con fuerza.

—Señorita Pannox —repuso—, a su debido tiempo emití mi declaración ante la comisión investigadora que se nombró al efecto. Su padre, el primer oficial del ballenero «Rowndelaer» murió, atrapado por un calamar gigante. Yo pude cortar uno de sus brazos con el hacha, pero el animal logró sumergirse. Ya no volvió a la superficie... ni su padre tampoco.

Cassie estaba pálida, pero sonreía.

—Y, como recuerdo de su hazaña, congeló primero y luego hizo disecar el brazo del calamar, ¿no es cierto?

—Así es. Se trata de una especie de recuerdo...

Galdew permanecía silencioso, contemplando el espantoso trofeo.

—La leyenda dice que cuando un calamar gigante pierde uno de sus tentáculos a manos de un enemigo, hombre o animal marino, no descansa nunca hasta recuperarlo y vengarse del que se lo cortó —habló la muchacha—. Capitán Haffner, ¿no teme usted que el calamar aparezca un día a recobrar el miembro que perdió a sus manos?

—¡Tonterías! —bufó Haffner—. Leyendas sin fundamento.

—El asesinato del segundo del «Rowndelaer» no es una leyenda sin fundamento —afirmó Cassie tajantemente.

CAPÍTULO II

Insensible a las rachas de viento, que traían a veces finas gotitas de agua salina, el hombre permanecía agazapado tras una gran roca, que dominaba el camino, situado sobre la parte más baja del mismo.

Había visto pasar un coche. La escasa luz crepuscular que quedaba todavía le hizo ver que no era el que aguardaba. Dejó pasar el vehículo y continuó su espera.

La linterna del faro continuaba girando incansablemente. Los vivísimos destellos de luz que emitía pasaban por encima del hombre, cuyo negro chubasquero le hacía confundirse en la noche con el medio ambiente.

Al cabo de un buen rato, divisó a lo lejos el resplandor de unos faros de automóvil. El hombre se atiesó.

El vehículo inició el descenso. Entonces, el hombre apoyó su cuerpo contra la roca y, haciendo un poderoso esfuerzo, la hizo rodar.

Se oyó un fuerte crujido. La roca empezó a caer, saltando por el precipicio y arrastrando a otras piedras menores en su caída.

El ruido llegó hasta el interior del vehículo, ocupado por tres hombres.

—¿Qué pasa? —gritó Stuart Millman.

—Las rocas se caen —contestó Peter Browne—. ¡Acelera, Zoltan, acelera! —Se dirigió al conductor a grito pelado.

Zoltan Arr pisó el acelerador a fondo. El automóvil pareció saltar como un animal vivo.

Un segundo después, la roca pasaba a pocos centímetros de la cola del auto y chocaba contra el camino. Inmediatamente, se produjo un tremendo estrépito.

Millman iba en el asiento posterior. Se volvió para mirar a través de la ventanilla.

Una enorme grieta se abrió en el camino. Todo un trozo del mismo, de más de diez metros de longitud, se hundió de golpe. Una enorme masa de tierra y rocas descendió a gran velocidad hacia abajo, sumergiéndose en las embravecidas olas con fragoroso estrépito.

El automóvil remontó la pendiente. Las luces de la casa se divisaban a cincuenta metros de distancia.

—¡El camino se ha hundido! —gritó Millman.

Arr soltó una maldición.

—¡Ahora no podemos regresar! —dijo.

—Bueno, la aldea está a catorce kilómetros tan solo —manifestó Browne filosóficamente—. Con las treinta mil esterlinas que me aguardan en la casa, me importa poco lo que le haya pasado al camino.

Arr manejó el auto, hasta detenerse frente al edificio.

—Eh, hay otro coche —exclamó, cuando los faros del que guiaba iluminaron el vehículo parado.

—¿De quién será? —preguntó Millman.

—Tengo entendido que el capitán no quería recibir visitas —dijo Browne.

—Con tal de que no sea la policía —masculló Arr, abriendo la portezuela.

—¡Diablos, qué tiempo! —se lamentó Millman, cuando una racha de viento helado le golpeó en pleno rostro.

Browne subió los escalones en dos zancadas y llamó a la puerta.

El hombre que había arrojado la roca les espiaba desde una distancia prudencial, furioso por el fracaso de su plan. Al cabo de unos momentos, se alejó de allí, fundiéndose con las tinieblas.

Phileas Haffner hizo un nuevo esfuerzo para dominarse al escuchar la acusación de la muchacha.

—Señorita Pannox, cualquier cosa que haya podido escuchar acerca de la muerte de su padre, tiene menos fundamento que esa leyenda que acaba de mencionar —respondió.

—¿Acusa usted al capitán de haber asesinado a su padre? —preguntó Stockton.

—Yo no acuso a nadie en particular —respondió Cassie,

volviéndose hacia el otro individuo—. Sólo vine a obtener una respuesta concreta del capitán Haffner... y es él quien debe dármela, no usted.

Miró a Haffner.

—Usted mandaba el «Rowndelaer» cuando se produjo aquel desdichado suceso. Responda, capitán.

—Soy inocente. Se trata de un accidente, no corriente, aunque tampoco extraño a bordo de un ballenero...

Un ruido lejano, fuerte e intenso, llegó en aquellos momentos hasta la casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Galdew, alarmado.

Stockton masculló algo entre dientes.

—Ha ocurrido lo que me temía —dijo.

—¿Qué temía usted? —preguntó Cassie.

—El camino. Estaba en mal estado y se habrá hundido.

—Eso significa que estamos bloqueados en la casa —manifestó el joven, torciendo el gesto.

—No exactamente —contradijo Haffner—. Se puede ir a pie hasta la aldea... incluso se podría intentar atravesar con el auto el trozo de terreno malo, hasta alcanzar nuevamente el camino.

Unos golpes resonaron de pronto en la puerta.

—Iré a ver —dijo Stockton, mirando a Haffner intencionadamente.

Galdew captó la mirada de inteligencia y también el rápido guiño de Haffner. Sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios, mientras Stockton caminaba hacia el vestíbulo.

Stockton abrió la puerta.

—Hola —dijo, al reconocer a los tres individuos—. Os habéis retrasado bastante.

—Nos perdimos, señor Stockton —confesó Arr—. ¿Está el capitán?

—Sí, y también la hija de Pannox, con un joven que la acompaña.

—¡Rayos! —exclamó Browne—. ¿Tenía Pannox una hija?

—Es algo que me deja helado —rezongó Millman—. Pannox nunca habló de su familia.

—Eso es lo de menos ahora. Lo importante es que la chica cree que su padre murió asesinado —declaró Stockton.

—¡Menuda complicación! —comentó Browne.

—Eso me importa poco —dijo Arr—. Lo que interesa es: ¿Qué hay de la «pasta»?

—¡Baja la voz, estúpido! —le apostrofó Stockton—. ¿Quieres que te oigan desde la otra habitación?

—Lo siento —se excusó Arr—. ¿Qué haremos ahora?

Stockton giró hacia su derecha y se encaminó a otra puerta.

—Entrad ahí y esperad unos minutos. Tenemos que deshacernos de la chica y de su acompañante.

Browne le miró con gesto hostil.

—Cuidado con las trampas. ¿Eh? Los tratos son los tratos, recuérdelo, señor Stockton.

—Nunca pretendimos engañaros —contestó el aludido dignamente.

—Mejor para usted —dijo Millman.

—Y para el capitán Haffner —añadió Arr.

—Está bien. Vendré a veros, así que haya terminado con la pareja.

Stockton cerró la puerta. Millman pateó el suelo.

—¡Rayos, qué frío hace en esta habitación! ¿Es que no hay siquiera una estufa para dar un poco de calor?

—Preferiría una buena botella de escocés —dijo Arr, mirando en torno suyo.

Browne se acercó a la puerta y la entreabrió ligeramente, escuchando los ruidos que llegaban de todas partes.

El vestíbulo era relativamente pequeño. Frente a él, se divisaban dos puertas más.

Browne cerró y se volvió hacia sus compañeros.

—Esperaremos un poco —dijo—. ¿Quién tiene tabaco?

Cassie tomó un sorbo de licor.

—¿Amigos suyos, capitán? —preguntó.

—Sí —respondió Haffner lacónicamente.

—Bien —suspiró la joven—, sintiéndolo mucho, tendremos que pedirle alojamiento hasta mañana. Con la luz del día podremos ver mejor y pensar qué podemos hacer. ¿No le parece, Sharmyn?

—Claro —respondió el joven con amplia sonrisa—. Lamentamos las molestias que nos vemos obligados a darles, capitán Haffner.

—El señor Stockton les preparará dos habitaciones para que

pasen la noche —declaró Haffner—. Y, señorita Pannox...

—¿Capitán? —contestó Cassie.

Haffner la miró fijamente.

—Su padre no fue asesinado.

—Oh, sí, desde luego. Lo mató un calamar gigante —respondió ella desembarazadamente.

—Así es, por raro que le parezca. He servido más de treinta años a bordo de buques balleneros y he visto más de un calamar gigante, aunque no todos los días, por supuesto.

—Pero ninguno mató jamás a un hombre, excepto a mi padre.

—¿Es cierto que hay calamares gigantes? —preguntó Galdew ingenuamente.

—Sí —repuso Haffner—. Normalmente no son visibles; habitan por regla general en las grandes profundidades de las aguas tropicales y subtropicales, a miles de metros bajo la superficie del agua. Lo corriente es ver a los cachalotes que se pescan con huellas de la lucha contra esos gigantescos cefalópodos, algunos de los cuales llegan a medir dieciséis y más metros, incluidos los dos brazos mayores, por supuesto^[1]. El cachalote es un animal muy voraz y necesita para su sustento una tonelada de alimento diaria, consistente principalmente en calamares pequeños y otros animales marinos, además del plancton.

»Como en la superficie no puede obtener todo el alimento que precisa, se sumerge a grandes profundidades, invadiendo a veces el espacio de los calamares gigantes y entonces es cuando se produce la lucha, la mayoría de las veces con la derrota del cachalote. Esa derrota, obvio es decirlo, supone la muerte, aunque otras muchas veces consiguen escapar, incluso arrastrando a su enemigo a la superficie. El cachalote es un mamífero y aunque pueda permanecer sumergido hasta una hora, inevitablemente tiene que emerger para respirar».

Haffner se volvió hacia la joven. Prosiguió:

—El calamar que nos atacó, era uno de los mayores seres de su especie. Había subido a la superficie, luchando con su cachalote que rondaba las treinta toneladas de peso y que, merced a su descomunal tamaño, consiguió escapar. Quizá confundió al «Rowndelaer» con otro cachalote o quizá estaba furioso, el caso es que nos atacó y, lo crea o no, puso al barco en peligro de naufragar.

»Yo conseguí seccionar uno de sus brazos, ese mismo que ve ahí disecado. Su padre, señorita Pannox, trató de hacer lo mismo, pero el otro brazo mayor del cefalópodo, le envolvió y lo arrastró al abismo, antes de que pudiéramos evitarlo. Ésta es la historia auténtica, puede creerme».

Cassie pareció impresionarse con las palabras del capitán Haffner y permaneció callada así que el viejo lobo de mar hubo terminado su relato. Entonces fue cuando Galdew rompió el momentáneo silencio que se había hecho.

—Capitán Haffner —dijo.

—¿Señor Galdew? —respondió el aludido.

—No quisiera poner en duda su historia, pero un barco ballenero es digamos un objeto de un peso respetable, además de una envergadura considerable en todos los sentidos. ¿Cómo es que el calamar consiguió llegar con sus brazos hasta la cubierta?

Haffner sonrió comprensivamente.

—Se ve que es usted un novato, señor Galdew —respondió—. Un barco ballenero no es demasiado grande; el que sí es grande de veras, es el buque factoría, a donde se llevan los cetáceos pescados, o cazados, como guste. El «Rowndelaer» tenía un peso muerto de unas seiscientas toneladas y la obra muerta sobresalía relativamente poco de la superficie del mar. Hacia el combés, que es por donde se produjo el ataque, la distancia de los imbornales al agua, era de tres metros escasos. Naturalmente, en el puente y en el castillo, que es donde está montado el cañón lanzaarpones, la altura es mucho mayor, así como en el alcázar. Por eso pudo llegar el calamar con sus brazos hasta nosotros.

—Así que usted mandaba el «Rowndelaer», que formaba parte de una flotilla ballenera —dijo el joven.

—Sí, pero mi caso era un tanto especial —contestó Haffner.

—Explíquese, por favor —pidió Cassie.

—Los demás balleneros de la flotilla pertenecían a una importante compañía. El «Rowndelaer» era de mi propiedad y yo había hecho un convenio privado con esa compañía, a fin de suministrarme en el buque factoría de cuanto pudiera precisar durante la campaña. Naturalmente, el buque factoría recibía también mis presas y las elaboraba, como las de los restantes balleneros. En fin, ya digo que era un entendimiento privado entre

la compañía y yo, con los consiguientes ajustes de cuentas al final de la campaña.

—Esto no parece muy común —observó Galdew.

Haffner sonrió.

—En efecto, no lo es. Creo que ya deben quedar pocos capitanes balleneros independientes, si es que quedan. Yo era uno de los últimos... y posiblemente lo seguiría siendo, de no haberse hundido el «Rowndelaer»... —miró a Cassie—, pocos días después de la muerte de su infortunado padre, señorita Pannox.

—¿Qué les ocurrió, capitán? —preguntó Galdew.

—Chocamos con un escollo no señalado en los mapas.

—¿No tuvieron tiempo de achicar el agua?

Haffner volvió a sonreír.

—Perdone que le repita lo de novato, señor Galdew. Mi «Rowndelaer» podía hacer casi veinte nudos a la hora. Íbamos a más de quince, en persecución de una ballena, cuando chocamos con el escollo. La vía de agua tenía más de dos metros de extensión. ¿Quién la taponaba en un caso semejante?

—Tiene usted razón, capitán —sonrió el joven—. Soy un novato. Así se comprende que el barco se hundiera rápidamente, creo yo.

—En menos de diez minutos, señor Galdew.

—¿Hubo víctimas?

—Sí, un muerto. El primer maquinista, Angus Farney, Dios lo tenga en su gloria —contestó Haffner virtuosamente.

De nuevo se produjo un espacio de silencio. El viento silbó, estremecedoramente.

Súbitamente se oyó un estruendo de vidrios rotos, que hizo volver la cabeza a todos los presentes.

—¿Qué pasa? —preguntó Cassie, alarmada.

Antes de que nadie pudiera contestarla, sonó un alarido agudísimo, espeluznante.

—¡Socorro! ¡El calamar! ¡El calamar!

CAPÍTULO III

Los tres hombres que aguardaban en la habitación empezaron a impacientarse.

—El capitán Haffner tarda demasiado —gruñó Peter Browne.

—Al menos, podrían habernos dejado una estufa para calentarnos —dijo Millman.

Arr seguía pensando lo mismo que a su llegada.

—A mí me gustaría más una buena botella de escocés —dijo, pisoteando el cigarrillo recién consumido.

—¿No habrá nada de licor en la casa? —murmuró Browne.

Arr tomó una decisión repentina.

—Voy a ver si encuentro esa botella —dijo.

—Cuidado —advirtió Millman—. Al capitán Haffner podría no gustarle...

—Me importa un rábano lo que pueda decir el capitán —respondió Arr de mal talante—. Ya tendríamos que haber emprendido la vuelta...

—En cuanto a eso —le interrumpió Browne—, tendrás que esperar un poco más, Zoltan.

—¿Por qué, Peter?

—El camino, ¿no lo recuerdas?

—¡Es verdad! —exclamó Millman—. ¡Lo hundió el temporal!

—¿Significa eso que tendremos que esperar a que sea de día? —preguntó Arr.

—Lo más seguro, a fin de que podamos ver bien por dónde pasamos con el coche.

—O a pie —añadió Millman.

El rumor del oleaje llegaba claramente a la estancia. Arr torció el gesto.

—No me hace ninguna gracia tener que pasar una noche aquí —rezongó.

—Tendrás que soportarlo —sonrió Browne—. Bueno, ¿no eras tú el que iba a explorar el terreno en busca de bebida?

—Sí, claro. —Arr se pasó el dorso de la mano por los labios—. Esperadme aquí.

Millman soltó una risita.

—No sé a qué otro sitio podríamos ir —comentó irónicamente.

Arr se acercó a la puerta y la abrió, escuchando atentamente durante unos segundos.

Creyó oír ruido de voces al otro lado de la puerta situada en el centro del vestíbulo. Pensando que Haffner debía tener una visita, de la cual no podía deshacerse por el momento, cruzó el vestíbulo y se dirigió hacia la puerta situada en el lado opuesto.

Abrió y asomó la cabeza. La estancia se hallaba a oscuras.

Tanteó la pared, hasta encontrar el interruptor de la luz. Una vez que lo hubo conseguido, lo manejó, encendiendo una lámpara suspendida del techo.

—Bueno, es la cocina —murmuró satisfecho—. Si no encuentro licor, haré café.

Cruzó el umbral y cerró la puerta maquinalmente, abriendo acto seguido la del refrigerador.

—Comida solo —gruñó disgustadamente.

Cerró nuevamente y abrió un par de alacenas que encontró al paso. Tenía la espalda vuelta hacia la ventana que daba al acantilado y por ello no vio el objeto largo y flexible, semejante a un gran látigo, que se agitaba en el exterior.

En el tercer armario encontró por fin lo que buscaba. Alargó la mano y sonrió.

—Bien, el café que se vaya al diablo...

De repente, se sintió atacado por una especie de siniestro presentimiento. Le pareció que no estaba solo, que unos ojos malignos y perversos estaban contemplando todos sus movimientos.

La sensación fue tan fuerte, que no pudo evitar volverse hacia la ventana, que estaba a menos de dos metros de distancia.

Entonces, el látigo rompió los vidrios con tremenda fuerza, produciendo un gran estrépito.

Arr sintió que los ojos se le salían de las órbitas. Las manos

perdieron su fuerza y la botella cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

La cosa penetró dentro de la cocina, ondulando terroríficamente hacia el hombre. Arr lanzó un agudísimo chillido.

—¡Socorro! ¡El calamar! ¡El calamar!

Y en aquel momento, antes de que tuviese tiempo de escapar, el tentáculo le rodeó el cuello, ejerciendo sobre el mismo una presión devastadora.

Arr se sintió arrastrado inexorablemente hacia la ventana. Quiso gritar, pero el tentáculo le ceñía la garganta con tremenda potencia y le impedía emitir el menor sonido.

El hombre se agarró a la pila del lavadero, debatiéndose frenéticamente en su ansia de evitar el horroroso fin que le esperaba. Por un momento, pareció que iba a conseguir sus propósitos.

En aquel instante, se abrió la puerta de la cocina con gran violencia. Browne y Millman contemplaron espeluznados el aterrador espectáculo.

El tentáculo pegó un fortísimo tirón. Las manos de Arr soltaron el asidero y su cuerpo saltó a través de la ventana, arrastrado inexorablemente hacia el abismo por aquel espantoso brazo de color gris sucio.

Alguien les empujó a un lado con ímpetu.

—¿Qué pasa? —preguntó Sharmyn Galdew.

—El calamar, el calamar... —dijo Browne, sumido en un paroxismo de terror.

Galdew abarcó de una ojeada el ámbito de la cocina. Vio la ventana destrozada y contempló también los restos de la botella rota contra el suelo.

Un penetrante olor a alcohol flotaba en la atmósfera. Por la ventana abierta, entraba el mugir de la resaca.

Al lado de la ventana había una puerta. Galdew se lanzó hacia ella y la abrió.

—¡No, Sharmyn! —gritó Cassie.

La chica había acudido, atraída por el ruido y los gritos, lo mismo que el capitán Haffner y que Stockton.

Pero Galdew no le hizo caso. Salió fuera de la cocina y dio unos cuantos pasos, hasta detenerse al borde del acantilado.

Forzando la vista, pudo ver la blancura de la espuma a menos de veinte metros de distancia, creyó divisar también un cuerpo humano que se sumergía en las olas en aquellos instantes, pero no hubiera podido asegurarlo.

En todo caso, quienquiera que fuese el desdichado, ya no había poder humano que pudiera salvar su vida.

Si no había muerto al caer por el precipicio, las olas destrozarían su cuerpo, golpeándolo contra las rocas.

Volvió a la cocina. Cinco rostros, blancos como la nieve, le contemplaron inquisitivamente.

—Si ha caído un hombre por el acantilado, está muerto —dijo.

El capitán Haffner temblaba como un azogado.

—El calamar... —balbuceó.

—Ya le dije que volverla a recobrar el miembro que perdió y a vengarse —habló Cassie. Se volvió hacia los dos sujetos, a quienes no conocía—: ¿Lo vieron ustedes?

Browne movió la cabeza afirmativamente.

—Sí... fue solo un segundo... pero no lo olvidaré jamás. El pobre Arr... tenía el tentáculo alrededor del cuello... Estaba agarrado al fregadero... pero el animal pudo más que él y lo arrastró al abismo...

Se tapó la cara con las manos, como si no quisiera seguir contemplando la horrible visión.

—¿Usted también lo vio? —preguntó Galdew a Millman.

—Sí. Lo vi... y puedo asegurar que era algo espantoso.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? —preguntó Cassie de pronto.

Los dos hombres vacilaron, consultándose mutuamente con la vista. Galdew se percató al instante de su indecisión.

Stockton adelantó un paso.

—Eran marineros del «Rowndelaer» —dijo—. Stuart Millman y Peter Browne.

—¿Y bien? —insistió la chica.

—Perdone, señorita Pannox, pero éste es un asunto particular entre ellos y nosotros... el capitán Haffner, mejor dicho.

Cassie apretó los labios, pero no dijo nada.

—Usted es la hija del primer oficial Pannox —dijo Browne.

—Así es —confirmó ella—. El que, según se dice, murió

arrastrado por un calamar.

—Según se dice, no —terció Haffner, que se había recobrado un tanto—. Murió en la forma que ya le he dicho y estos dos hombres estaban presentes y pueden atestiguarlo.

Cassie miró a Haffner de hito en hito.

—Me gustaría creerle, capitán, pero...

—Por favor —habló Galdew, interrumpiendo a la muchacha—, creo que por el momento, sería más conveniente dejar este asunto y ocuparnos del desdichado que ha sido arrastrado por el calamar. ¿Era también tripulante del «Rowndelaer»?

—Sí —contestó Millman—. Arponero. Se llamaba Zoltan Arr.

Galdew se volvió hacia Haffner.

—Capitán, aun dando por cierta la leyenda que mencionó antes la señorita Pannox, se me hace muy cuesta arriba creer que un calamar gigante, por grande que sea su tamaño, pueda trepar por más de veinte metros de acantilado y atrapar a un hombre.

—Sobre todo, con este tiempo —añadió Cassie.

—Un calamar gigante pesa toneladas —farfulló el lobo de mar—. Ustedes no saben la facilidad con que se desplaza...

—Dentro del mar, es posible todo lo que usted me diga. Pero hay que tener en cuenta que trepó hasta aquí —dijo Galdew—. Tuvo que salir completamente fuera del agua.

—Un calamar tiene más de dos brazos —rezongó Haffner—. Con los otros tentáculos, puede apoyarse perfectamente en las rocas.

—Sí, y eso lo hacen también los pulpos, pero cuando son de pequeño tamaño —contestó el joven—. A medida que crece el volumen de un animal, su peso aumenta en una proporción muchísimo mayor y, por tanto, sus movimientos, se hacen mucho más lentos e imprecisos, en tierra firme, me refiero. No tiene más que ver a los grandes paquidermos... pero no vayamos a hablar de seres terrestres, sino de los que viven en el mar.

—¿Adónde quiere ir usted a parar? —preguntó Stockton.

—Ustedes tienen experiencia en la pesca de cetáceos —respondió Galdew—. Una ballena, un cachalote, pesan decenas de toneladas y se mueven en el mar con grandísima facilidad. Pero es que al estar sumergidos en un líquido, pierden una cantidad enorme de peso.

—El principio de Arquímedes —intervino la muchacha

irónicamente—. Por eso flotan los barcos de hierro, ¿no, capitán?

Haffner emitió un resoplido de enojo.

—Lo conozco muy bien —replicó—, pero lo que no entiendo es lo que el señor Galdew trata de decirnos.

—Es muy sencillo, capitán —habló el joven nuevamente—. Repito que ustedes tienen más experiencia que yo, a pesar de lo cual, les recordaré algo que suele ocurrir con relativa frecuencia. A veces, un gran cetáceo es arrojado por las olas a la playa o quizá queda encallado por la bajamar. Entonces, al no poderse mover, simplemente muere asfixiado por su propio peso.

—Eso es cierto —admitió Stockton—. Pero seguimos sin conocer sus propósitos.

—Al calamar gigante que se llevó al señor Arr, le tendría que haber sucedido algo por el estilo.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Browne estalló:

—¡Pesado o no, Millman y yo vimos cómo arrastró a nuestro compañero! Y nadie nos hará decir lo contrario, señor Galdew.

El joven se volvió hacia Browne.

—¿Lo juraría ante un tribunal? —inquirió.

—Desde luego —afirmó Browne rotundamente.

—¿No oyó usted los gritos del pobre Zoltan? —preguntó Millman—. Lo dijo bien claro. Era un calamar... y no me importa las toneladas que pueda pesar.

—Además —terció Haffner—, un calamar tiene tentáculos y puede moverse mejor que un cetáceo en tierra.

—Es posible —concedió Galdew con una ligera sonrisa—. Tal vez yo esté equivocado.

—A mí me parece que todos estaños equivocados —dijo Cassie de pronto.

—¿Por qué? —quiso saber Haffner.

—Según hemos oído, los que no estábamos presentes, claro, un hombre ha sido arrastrado al mar por un calamar gigante.

—Sí y mil veces sí —exclamó Browne—. Yo lo vi y...

—No dudo de su palabra —le atajó la chica—. Pero ¿no habíamos quedado en que la leyenda habla de que el calamar trata además, obedeciendo a su instinto animal, de recobrar el brazo que le fue amputado?

Sobrevino un momento de silencio. De pronto, Haffner giró

sobre sus talones y echó a correr.

—Sígale, Sharmyn —gritó Cassie.

El joven se lanzó en persecución de Haffner. Salió al vestíbulo, viendo que el lobo de mar penetraba en el salón.

Los demás le siguieron a la carrera, entrando en la estancia tras el joven. Todos percibieron en el acto un penetrante olor a yodo y sales marinas.

—¿Quién ha abierto esa ventana? —preguntó Stockton malhumoradamente.

—Ha debido ser el viento... —empezó a decir Haffner. Y en aquel momento, un agudísimo grito de pavor se escapó de sus labios—: ¡El brazo del calamar! ¡Ha desaparecido!

Cuatro rostros se volvieron al mismo tiempo, para mirar hacia la pared.

Galdew sintió un extraño frío correrle a lo largo de la espina dorsal.

La pared estaba vacía. Sólo quedaban en ella los ganchos de los cuales había estado suspendido el miembro amputado del cefalópodo.

CAPÍTULO IV

Hubo un momento de silencio, roto únicamente por los aullidos del viento y el bramar de las olas. El repentino estallido de un timbre telefónico causó un sobresalto general en las cinco personas que se encontraban en el salón.

Asombrado, Sharmyn Galdew comprobó que había un teléfono en la casa. Antes de que pudiera decir nada, Haffner movió la mano.

—Atiéndalo usted, señor Stockton.

—Al momento, capitán.

Galdew se encaminó hacia la ventana abierta, observando manchas de humedad en el alféizar. Cerró las dos hojas sin hacer el menor comentario, atento únicamente a la voz de Stockton.

—Casa del capitán Haffner... Ah, hola, señora Mac Davis.

Stockton tapó la boquilla del aparato con la mano y miró a Haffner.

—Es la esposa del torrero —dijo.

Haffner hizo un gesto de aquiescencia. Stockton quitó la mano y volvió a hablar.

—¿En qué podemos servirla, señora?

Hubo una corta pausa. Stockton continuó hablando.

—No... no ha sido nada de particular, señora Mac Davis. No se preocupen ustedes... todo marcha bien en la casa. De todas formas, dele las gracias a su esposo por el interés que se ha tomado... Sí, ¿cómo no?... Por supuesto, señora... Gracias otra vez y buenas noches.

Stockton colgó el aparato y se volvió hacia Haffner.

—La señora Mac Davis dice que oyeron gritos, capitán —informó—. Por el momento, he preferido no decirle nada de lo que

ha pasado.

—Ha hecho usted bien —aprobó Haffner.

Galdew frunció el ceño.

—El faro está a más de un kilómetro. ¿Cómo es posible que hayan oído los gritos desde semejante distancia? —preguntó extrañado.

—El viento sopla precisamente en dirección al faro —explicó Stockton—. Usted no sabe cuán lejos puede oírse un grito a favor del viento.

Galdew sonrió.

—Continúo siendo un novato. Gracias por la aclaración, señor Stockton —respondió.

Cassie habló de nuevo.

—Bien, el brazo ha desaparecido, capitán. Y un hombre también, no lo olvidemos. Esto es cosa de la policía.

Galdew se dio cuenta de que Haffner se ponía pálido.

—Estoy seguro de que no se creerían la historia, señorita Pannox —manifestó el lobo de mar de mal talante.

—Pero algo habrá que decirles, ¿no? —intervino Galdew—. Calamar o no, un hombre ha muerto violentamente y nuestra obligación es dar cuenta de lo ocurrido.

—Si se me permite, yo mismo iré a la aldea e informaré al policía local —dijo Stockton—. Pero no esta noche, por supuesto, con el camino derrumbado por el temporal.

—El señor Stockton tiene razón —habló Haffner—. Cualquier acción legal que se emprenda, deberá ser pospuesta hasta que haya luz suficiente para poder ver, sin riesgo de sufrir ningún accidente.

—Estoy de acuerdo con usted, capitán —declaró Galdew sobriamente.

Cassie suspiró.

—Tendremos que quedarnos aquí, no hay otro remedio —dijo.

—Hay dos habitaciones disponibles, señorita Pannox. Usted y el señor Galdew pueden ocuparlas. Browne y Millman se quedarán en el salón. Los sillones son cómodos y hay troncos abundantes para echar a la chimenea —expresó Haffner.

Galdew observó los rostros de los marineros, viendo que no les hacía demasiada gracia la idea de pernoctar en la casa. Al fin, Browne hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

—Bueno, si el calamar se llevó su brazo, no veo por qué hemos de temer ya su venganza —dijo—. Capitán, perdone la pregunta, pero... ¿no habrá algo de cena para unos tipos hambrientos?

—En la cocina hay víveres suficientes, Browne.

Cassie adelantó un paso.

—No obstante lo sucedido, creo que debiéramos reparar nuestras fuerzas —dijo sonriendo—. Algún bravo marinero querrá hacer sin duda de pinche de cocina conmigo.

—Yo mismo, señorita Pannox —se ofreció Millman.

—Muchas gracias, marinero —dijo Cassie—. ¿Vamos?

Cassie abandonó el salón, seguida por Millman. Entraron en la cocina y, apenas hubieron cerrado la puerta, Cassie dijo:

—Será preciso limpiar esto un poco, antes de empezar a cocinar.

—Yo lo haré, señorita —contestó el marinero.

La casa era de construcción antigua y disponía de sólidas contraventanas de madera, que Cassie cerró, a fin de impedir la entrada del viento. Al hacerlo, se fijó un instante en los destellos del faro, cuya linterna seguía girando incansablemente.

Encendió el fogón y puso una sartén sobre la llama. Millman trajo huevos y unas latas.

—Millman —dijo Cassie al cabo de unos segundos.

—Dígame, señorita.

Cassie arrojó a la sartén unas lonchas de tocino ahumado.

—¿Estaba usted presente cuando murió mi padre a bordo del «Rowndelaer»?

—No, señorita.

—¿En qué parte del barco se encontraba usted?

—En mi litera. Había recibido un fuerte golpe en la pierna y el capitán me había ordenado unos días de descanso.

—Entonces, no le vio morir.

—No, desde luego.

—Pero oyó decir que el calamar se lo había llevado al fondo.

—Así es.

—¿Cree usted en esa historia?

Hubo un momento de silencio, durante el cual sólo se oía el crepitar de la grasa en la sartén.

Millman callaba.

—Le he hecho una pregunta, marinero —insistió la chica.

—Yo sólo puedo repetir lo que oí comentar —contestó Millman, sin atreverse a mirarla.

—¿Qué diría usted si, de repente, se enterase de que el primer oficial murió asesinado?

Millman apretó los labios.

—¿Quién se lo ha dicho a usted? —preguntó.

—Eso no importa ahora. ¿No quiere responderme, marinero?

—Ya conoce mi opinión, señorita Pannox.

—¿Su opinión o la de los demás?

—Estaba en mi litera, eso es todo.

Cassie sonrió, mientras sacaba los huevos ya fritos de la sartén. Volvió a poner más tocino y dijo:

—El «Rowndelaer» se hundió a los pocos días. Eran unas aguas muy profundas, según creo.

—Yo era sólo segundo arponero, no me encargaba de la sonda.

—Millman, ¿cuánto tiempo llevaba usted embarcado? No en el «Rowndelaer» solamente, sino desde que se hizo marinero.

—Quince años.

—Eso significan quince campañas de ballenero, ¿no?

—También fui tripulante de cargueros. Y una vez estuve en el «Queen Mary».

—Pero quince años de embarcado dan cierta experiencia acerca de la profundidad que puede tener el mar en según qué sitios.

Millman hizo un gesto de impaciencia.

—¿A qué vienen todas esas preguntas, señorita? —dijo, con visible mal humor.

—Nada —sonrió Cassie—. Sólo que encuentro muy extraña la existencia de un escollo en medio del Atlántico Sur.

—Mire, señorita Pannox, yo de eso no sé nada —declaró Millman amostazado—. Todavía estaba encamado cuando dieron la orden de saltar a los botes. El «Rowndelaer» se hundió en menos de diez minutos y gracias que pude salvar el pellejo.

—Con la pierna lisiada, ya tuvo usted que correr para llegar a su bote —observó la chica mordazmente.

—Cuando a uno le dicen que el barco se hunde, no piensa en piernas heridas ni tonterías por el estilo. Lo que uno quiere en esos momentos es salvar la vida como sea.

—Claro, claro. Debió ser muy fuerte el golpe que recibió usted al

caerse de la litera, ¿no es cierto?

—Apenas lo noté... ¿qué diablos quiere decir usted? —Gruñó Millman.

—El «Rowndelaer» corría a más de quince nudos en persecución de una presa. Un tropezón con un escollo, provoca la parada casi instantánea del barco. Teniendo en cuenta que quince nudos son casi treinta kilómetros, lo lógico es que usted hubiera salido despedido de la litera, ¿no es así?

—Sí, bueno, ahora me acuerdo. Me caí de la litera... pero apenas tuve tiempo de vestirme y subir corriendo a la cubierta. El «Rowndelaer» escoraba ya mucho y...

—Gracias, eso es todo —atajó la joven suavemente—. ¿Les llevamos la comida a los náufragos?

La cena se desarrolló en medio de un completo silencio. Al terminar, Cassie dijo que estaba cansada y que tenía ganas de retirarse a su habitación.

—Yo la acompañaré, señorita Pannox —se ofreció Stockton. Luego miró al joven—: ¿También usted quiere irse a dormir, señor Galdew?

—Claro —sonrió el aludido.

Los tres salieron del salón por una puerta situada al fondo, que daba a un pasillo. Stockton indicó las habitaciones a la pareja y luego de desearles un buen descanso, se retiró.

Cuando regresó al salón, Browne y Millman estaban acosando a Haffner.

—Capitán —decía Millman en aquel momento—, sepa que no estamos dispuestos a dejarnos asesinar impunemente, como le ha pasado a Zoltan Arr. Usted nos citó aquí... demasiado sabe para qué, pero en modo alguno toleraremos que se nos engañe.

Browne sacó una navaja. Presionó el resorte y la lengua de acero brilló siniestramente.

—Yo no acabo de creerme del todo la historia del calamar... al menos en lo que se refiere a Arr. Tengo que decir, a la fuerza, que Pannox murió en la forma que todos declaramos, pero entre nosotros no debemos engañarnos. Creo que la cosa está bastante clara, ¿no?

La mano de Stockton cayó súbitamente sobre su muñeca, haciendo saltar la navaja por el aire. Browne soltó una obscena

interjección.

Stockton le golpeó con todas sus fuerzas en la mandíbula. Browne cayó de espaldas, aturdido por el fenomenal puñetazo.

—Nadie pretende tomaros el pelo —dijo severamente—, pero tampoco se os tolerarán imposiciones. ¿Está claro?

Browne sacudió la cabeza.

—Demasiado —dijo, impresionado a su pesar, mientras se tentaba la mandíbula—. Pero ¿qué hay de la «pasta»?

—Ahora no podemos hacer nada —habló Haffner.

—¿Por qué? —preguntó Millman agresivamente.

—Hay que esperar a que se haya ido la pareja —respondió Stockton.

—¿Qué diablos tienen que ver esos dos con lo que se nos prometió? —quiso saber Browne, mientras se incorporaba.

—Ella es la hija de Pannox y sospecha la verdad —declaró Haffner—. Es preciso disipar sus celos y obligarla a que se marche.

—Y el otro, ¿quién diablos es? —inquirió Millman—. Parece un policía...

—¡Demonios! —Respingó Browne—. Sólo faltaría ahora que el Yard metiese las narices en este asunto.

—No puede. La cosa ocurrió muy lejos de Inglaterra —dijo el propio Millman.

—Os equivocáis. La... cosa ocurrió a bordo de un barco con bandera británica y en alta mar. Hasta el Almirantazgo podría husmear el asunto —contestó Haffner.

—Entonces... ¿hemos de esperar a que se marchen esos dos? —preguntó Browne con voz débil.

—Ni más ni menos —respondió Haffner en tono decisivo.

CAPÍTULO V

Sharmyn Galdew no había tenido tiempo de quitarse la chaqueta, cuando oyó unos nudillos que golpeaban en la puerta. Abrió, viendo a Cassie que se hallaba en el umbral.

La muchacha penetró en el dormitorio, cerrando a continuación.

—Sharmyn, no se alarme, pero me quedará aquí, con usted —dijo.

El joven se quedó con la boca abierta.

—¡Cassie! —exclamó.

La chica sonrió alegremente.

—No se preocupe por mi reputación. Preocúpese más por el que dicen es mi lindo pellejo. Hablando claro, tengo miedo.

—¿Cómo? ¿Teme que esos tipos le hagan algo?

—No me extrañaría nada. Ellos asesinaron a mi padre...

—Pero no tenemos pruebas, Cassie —alegó Galdew.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí? —preguntó ella.

—Bien, Cassie, mi... mis motivos son un poco diferentes, como usted sabe.

—Prácticamente, los mismos que los míos.

—Cassie, por favor. Yo comprendo perfectamente que sienta la muerte de su padre, aunque ya hace algún tiempo que ocurrió, pero de ahí a sospechar que fue asesinado...

—Sharmyn, ¿por qué está usted aquí? —repitió la joven agresivamente—. Porque alguien cometió un delito de baratería. ¿Le explicó en que consiste esa figura de delito? Oh, claro que no; a un experto como usted, no le hacen falta esas explicaciones.

Le apuntó con el dedo.

—Pero en la tripulación del «Rowndelaer» no todos estaban conformes con las intenciones de su capitán y propietario... quiero

decir, los que conocían sus intenciones y su desastrosa situación económica. Y uno de ellos era mi padre, el segundo de a bordo. ¿Lo comprende ahora?

—De sobras, Cassie —sonrió Galdew.

—¿Por qué se cree que esos tres marineros vinieron aquí esta noche?

—Para cobrar su parte del seguro percibido por Haffner, como indemnización por el hundimiento del «Rowndelaer», supongo.

—Exactamente. Y usted ya sabe lo que ha estado haciendo Haffner en los últimos meses, ¿no?

—Sí. Cobró el seguro en un talón y distribuyó su importe en varios bancos, en distintos puntos de Inglaterra. Luego, al cabo de un tiempo prudencial, fue liquidando esas cuentas corrientes y reuniendo todo el dinero aquí, en esta casa.

—Así es. —Cassie sonrió triunfalmente—. Ahora, bajo el mismo techo que nos cobija a usted y a mí, hay más de cuatrocientas mil libras esterlinas en buenos billetes de banco. ¿Se imagina usted cuáles son las intenciones del capitán Haffner?

—Pienso que huir al extranjero, donde no se le pueda encontrar jamás.

—Es posible que sí, pero antes deberá pagar la complicidad de quienes le ayudaron a hundir el «Rowndelaer». Por eso están aquí Millman y Browne...

—Y Arr, el marinero que fue arrastrado al abismo por el calamar.

Hubo un momento de silencio entre los dos jóvenes.

—Sharmyn —dijo Cassie de pronto—, ¿cree usted de verdad que fue el calamar?

—Arr lo dijo a gritos y los otros dos lo vieron. Además, usted misma fue la primera en citar esa extraña leyenda, de la cual yo no tenía el menor conocimiento.

La chica sonrió levemente.

—Me la imaginé. Quería impresionar a Haffner —contestó—. En el fondo, todos estos viejos lobos de mar son un poco supersticiosos.

—Pues en tal caso, no hay duda de que la leyenda se ha hecho realidad —refunfuñó Galdew—. El brazo que Haffner tenía como trofeo ha desaparecido... y nadie entró en la habitación mientras nosotros nos hallábamos ausentes de ella.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó la chica vivamente.

—Cerré la ventana y examiné el alféizar. Tenía señales de humedad, pero el suelo estaba completamente limpio. Si hubiese sido un hombre, extraño a la casa, por supuesto, ya que todos nos habíamos congregado en la cocina, su calzado habría dejado huellas inevitablemente.

El rostro de Cassie expresó preocupación.

—¡Caramba! —dijo—. Sólo faltaría que me hubiese inventado una leyenda y que ésta se hubiese convertido en realidad. Tener un calamar rondando por las inmediaciones de la casa no es nada divertido.

—Yo no creo en la leyenda, Cassie —manifestó Galdew, no menos preocupado que ella.

—¿Entonces...?

—No lo sé. Pero una cosa hay indudable y es que tenemos que darnos prisa en actuar pronto o, de lo contrario, esta banda de pillos desaparecerá con el botín de las cuatrocientas mil libras esterlinas.

El viento golpeó los cristales repentinamente. Cassie se estremeció.

—Creo que voy a echarme un rato —dijo—. Lo siento, Sharmyn, pero usted, como galante caballero, está obligado a cederme la cama.

El joven sonrió.

—Veo ahí un sillón bastante cómodo —repuso—. Una noche se pasa de cualquier manera. Échese a dormir y no se preocupe de nada más.

—Será difícil —declaró la chica.

Cassie se acercó a la cama y sacó una manta, que entregó a Galdew.

—Envuélvase en ella —dijo—. La noche está muy desapacible.

—Gracias.

Cassie se quitó las botas y, cubriéndose con las mantas, se tendió en el lecho, sin desvestirse. Galdew apagó todas las luces de la habitación menos una y, sentándose en el sillón, con la manta sobre las piernas, cerró los ojos.

Trató de dormir. Su mente, sin embargo, estaba demasiado ocupada con los acontecimientos ocurridos poco antes y el sueño se

resistía a sus llamadas.

El viento seguía soplando con fuerza. El rumor del oleaje no cesaba un momento, pero eran ruidos de fondo, sin embargo, que no parecían alterar el profundo silencio en que se hallaba sumida la mansión.

Al cabo de un buen rato, Galdew oyó la sosegada respiración de la muchacha y se dio cuenta de que estaba profundamente dormida. Echando la manta a un lado, se puso en pie.

Apagó la luz por completo y se acercó a la puerta. No se oía ningún ruido sospechoso.

Metió la mano en el bolsillo del abrigo impermeable y sacó una pequeña linterna. Abriendo la puerta, salió cautelosamente al pasillo, tras una rápida exploración.

Caminó hacia el salón, sin causar el menor ruido. Entró en la estancia y paseó el haz de luz en todos los sentidos.

Se preguntó dónde tendría guardado Haffner el importe del seguro. Cuatrocientas mil libras esterlinas debían constituir un buen montón de billetes.

—Alguna caja, una maleta... —murmuró para sus adentros.

Enfocó la linterna hacia la pared donde había estado el brazo del calamar. Debajo del mismo, y como ornamento de la habitación, había un par de antiguos arpones, con mango de madera, del tiempo en que las ballenas y demás cetáceos eran arponeados a brazo. También se veían un par de colmillos de morsa y una terrorífica mandíbula de tiburón.

—Éstos son los trofeos que cualquiera esperaría encontrar en la casa de un viejo lobo de mar retirado —musitó.

Y luego se dijo que Haffner no eran tan viejo como para dedicarse al ocio. A los cincuenta y tantos años, un capitán de la marina mercante, podía seguir mandando barcos... pero era difícil que alguien le encomendase el mando de un buque, después del hundimiento del propio.

—Y más, si se sospecha que ese hundimiento no fue tan casual como se quiso hacer creer a la comisión investigadora —añadió.

Examinó la habitación por segunda vez, extrañándose de que Browne y Millman no se encontrasen en ella, tal como había dispuesto el capitán Haffner. Se dio cuenta de que había cometido una imprudencia; si los marineros hubiesen estado en el salón, se

habría visto en un aprieto al tratar de explicar su presencia en aquel lugar.

Los troncos seguían ardiendo en la chimenea, que tenía una gran repisa. Del centro de la misma, sobresalía un brazo de hierro forjado, que sostenía un farol de tipo marino. Era otro elemento más de la decoración de ambiente naval.

Tocó la vecindad de la chimenea con los nudillos. A veces, sobre todo en las casas de relativa antigüedad, había huecos en las paredes, donde se podían guardar cosas y objetos de valor, en escondites seguros. Pero los golpes demostraron a Galdew que la pared era maciza.

De pronto oyó pasos que se acercaban al salón por la puerta que conducía al vestíbulo. Apagó la linterna y corrió, pisando de puntillas, hacia el lado opuesto.

Salió al pasillo, pero no cerró del todo, dejando una rendija a fin de poder escuchar lo que se hablaba en el salón. Alguien encendió las luces.

—Creo que es hora de que nos echemos a dormir, Stuart —dijo Browne.

—Hazlo tú, si quieres; yo no tengo sueño.

—¿Qué diablos te pasa? No me irás a decir que estás amedrentado.

—Peter, tú lo viste lo mismo que yo, ¿no es cierto?

—Sí, claro.

—Ese maldito calamar se llevó a nuestro compañero...

—A mí me parece que fue un truco.

—¿De quién? ¿Del capitán y de Stockton? Vamos, no seas tonto; estaban con la chica y su amigo en el salón. Fue el calamar —insistió Millman.

—Vamos, vamos, Stuart —dijo Browne en tono persuasivo—. No sé cómo lo hicieron, pero estuvo magníficamente ideado... y ejecutado, por supuesto. Pero ahora se han ganado treinta mil libras más, ¿comprendes?

—La parte de Zoltan.

—Justamente.

—Podemos reclamarla para nosotros.

—No creo que te la den. Sin embargo, intentarlo no nos costaría nada.

Hubo una pausa. De pronto, Millman dijo:

—Si supiéramos dónde esconde el capitán la «pasta»...

—La tendrá debajo de la almohada, como si lo viera. ¡Pero te aseguro que de mañana no pasa! —exclamó Browne con repentino arranque—. ¡O me dan mi parte o...!

—Te la darán, no te preocupes, Peter.

—¡Hum! No me fío mucho. Arr ha desaparecido... —ahora era Browne el aprensivo—. Si a nosotros nos ocurriese lo mismo, se ganarían noventa mil libras esterlinas... y la seguridad para el resto de sus días, ¿comprendes?

Millman sonrió. Fue hacia la pared y descolgó uno de los arpones, blandiéndolo con aire experto.

—Espero que procuren portarse bien —dijo torvamente—. De lo contrario, alguno de esos dos se creará que de repente se ha convertido en ballena, cuando reciba este arpón en el estómago.

—Deja ese trasto donde estaba —refunfuñó Browne—. Maldita sea, con tus tonterías has acabado por quitarme también el sueño.

—Lo siento, chico —contestó Millman, volviendo el arpón a su sitio—. Oye, ¿qué me dices de la hija de Pannox? ¿Crees que sospeche algo?

—Estoy seguro de ello. No vinieron aquí sólo para admirar el paisaje de Sword Point.

—¿Y el tipo que la acompaña, será algún detective?

—Seguro. Su novio no es, desde luego.

De nuevo se produjo otro intervalo de silencio.

—Si el Yard mete las narices en el asunto, lo vamos a pasar mal, Peter —dijo Millman lúgubrementemente.

—¿Por qué? Lo único que tú y yo hemos hecho, y también el pobre Arr, fue callar. Ellos dos, Haffner y Stockton lo hicieron todo.

Millman dirigió a su compinche una penetrante mirada.

—Peter, ¿de veras crees tú mismo lo que acabas de decir? ¿Podrías jurar que no aflojaste un solo tornillo del «Rowndelaer»?

Browne soltó una maldición.

—Vete al diablo —rezongó—. No quiero hablar más de este asunto. Voy a ver si puedo dormir un poco.

Galdew se dio cuenta de que allí ya no tenía nada que hacer. Lo que había escuchado era sumamente interesante.

Sin embargo, en caso necesario, Browne y Millman negarían

haber pronunciado una sola palabra. Callarían, y también Haffner y Stockton.

A menos que consiguiese hallar el dinero y esconderlo, a fin de crear en aquellos rufianes un estado de desconcierto y obligarles a hablar, declarando toda la verdad de lo ocurrido a bordo del «Rowndelaer» antes de su hundimiento.

Regresó a su habitación. De pronto, cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, oyó un ruidito raro no lejos de él.

Saltó hacia adelante, situándose junto a la puerta del dormitorio que debía haber ocupado Cassie.

Alguien abrió la puerta y asomó la cabeza al pasillo. Era un tipo de gran estatura.

El puño de Galdew descendió con gran violencia. Alcanzado junto a la oreja, el hombre cayó al suelo como fulminado.

Galdew entró en su habitación y cerró de nuevo. Sonrió mientras se acomodaba otra vez en el sillón.

A la mañana siguiente, Stockton estaría muy preocupado, preguntándose quién le había atacado.

CAPÍTULO VI

Un leve ruidito chocó contra los tímpanos de Galdew. El joven se removió en el sillón y abrió los ojos, comprobando que era ya de día.

Cassie estaba en pie, frente a un espejo, arreglándose el pelo. Le miró a través del vidrio azogado y sonrió:

—Buenos días, Sharmyn —saludó—. Perdona que le haya despertado. Se me cayó el peine involuntariamente.

—No tiene importancia —sonrió él también, apartando la manta a un lado—. ¿Qué tal ha descansado?

—He dormido unas cuantas horas bastante bien —respondió ella—. ¿Y usted?

—Yo me dediqué primero al excursionismo —contestó Galdew.

Cassie se volvió y le miró con sorpresa.

—No me diga que estuvo paseándose por los acantilados —exclamó.

—No estoy tan loco —dijo el joven—. Fue excursionismo doméstico.

—Comprendo. ¿Resultó fructífero?

—Bastante. —Galdew relató a Cassie cuanto había oído a la pareja de marineros y terminó con la descripción de su ataque a Stockton—. A estas horas, debe de tener la oreja como un repollo.

Cassie rió alegremente.

—Sí, se habrá llevado un buen chasco al despertar y no saber quién le golpeó. ¿Qué estaría haciendo en mi habitación? —preguntó, súbitamente seria.

—No lo sé. ¿Por qué no se lo pregunta a él mismo? —sugirió Galdew.

—Tal vez lo haga cuando regrese de la aldea —murmuró la

chica.

—¿Se ha ido ya?

—Sí. Hace unos minutos. A pie. No se puede pasar en automóvil. El terreno es sumamente accidentado. Incluso un «jeep» tendría dificultades para atravesar el istmo.

—Bueno, esperaremos —dijo Galdew filosóficamente—. ¿Me permite su peine?

—No faltaría más.

Galdew se arregló un poco los cabellos y luego habló de desayunar.

—Vamos a la sala —dijo Cassie.

Haffner y Browne estaban ya en el salón. Después de los primeros saludos, Haffner informó a la pareja que Millman estaba terminando de hacer el desayuno y que pronto podrían saciar su apetito.

Galdew se dio cuenta del hosco semblante de Browne y supuso que el hombre debía estar furioso por no haber recibido aún su parte del botín. Fingiendo no advertir nada, preguntó por Stockton.

—Partió muy temprano hacia la aldea —contestó Haffner—. Es preciso informar a la policía de lo que ocurrió anoche.

—Por supuesto —repuso Galdew cortésmente.

—Nosotros tendremos que seguir aquí hasta que haya concluido la indagatoria —terció Cassie.

—Es lo más conveniente, desde luego —concordó Haffner.

Millman entró en aquel momento con una bandeja, que Cassie, graciosamente, le quitó de las manos.

—Deje, yo serviré el desayuno —dijo.

Pese a los buenos oficios de la muchacha, la tensión continuaba. Al terminar de desayunar, Cassie dijo:

—Es de suponer que el señor Stockton no esté de vuelta antes de la tarde. Mientras tanto, Sharmyn, ¿por qué no nos damos un paseo?

—Con mucho gusto —respondió el joven.

Cassie y Galdew abandonaron la estancia. Entonces, Browne se levantó rápidamente y se dirigió hacia la puerta.

Estuvo escuchando hasta que oyó cerrarse la puerta de entrada a la casa. Luego, regresando al centro de la habitación, exclamó:

—Bien, capitán, ¿qué hay de nuestro dinero?

—Lo tengo yo —respondió Haffner.

—Ya nos lo suponemos, pero éste y yo queremos nuestra parte —dijo Browne, señalando a su compañero.

—Incrementada con la que correspondía a Zoltan —añadió Millman torvamente.

Haffner respingó.

—¿Cómo? ¿Que os dé...?

—Exactamente —habló Browne en tono hosco—. El importe del seguro rebasa las cuatrocientas mil libras. A ustedes dos, les quedarán más de trescientas mil, una vez abonada la parte convenida.

—De todas formas, ¿no daban ya como perdidas las treinta mil de Zoltan? —expresó Millman—. ¿Qué más les da que paren en nuestros bolsillos? Ustedes no contaban ya con esa suma, así que...

Millman no terminó la frase, aunque su sentido se comprendía claramente.

—Y cuanto antes mejor —añadió Browne—. Queremos irnos de aquí lo más pronto posible.

—No podréis hacerlo —dijo Haffner.

—¿Por qué? —quiso saber Millman.

—Arr ha muerto. Es preciso hacer una investigación judicial. Vosotros dos le visteis morir y tendréis que declarar.

Browne y Millman se miraron.

—¡Maldición! —juró el primero.

—Es un condenado contratiempo —rezongó el otro.

—Pero ¿quién diablos nos va a creer cuando digamos que se lo llevó un calamar gigante?

—Hasta serían capaces de sospechar —esos policías aldeanos son siempre muy recelosos— que fuimos nosotros quienes le matamos —dijo Millman.

—Bueno —murmuró Haffner—, ¿qué necesidad hay de mencionar al calamar?

Browne le miró de hito en hito.

—¿Qué es lo que está sugiriendo, capitán? —preguntó.

—Simplemente, que declaréis otra cosa... que Arr quiso dar un paseo, perdió pie y se despeñó por el acantilado. No es una explicación demasiado convincente; en realidad, nadie en su sano juicio y con el tiempo que hacía anoche, cometería una

imprudencia semejante, pero aún es mucho más difícil de creer lo del calamar —manifestó Haffner.

—Por mi parte, no hay inconveniente —declaró Millman, tras unos segundos de reflexión—. ¿Qué dices tú, Peter?

—Conforme —repuso Browne—. Pero, esos dos... la chica Pannox y su amigote, ¿querrán declarar lo mismo que nosotros?

Haffner sonrió.

—Ellos no lo vieron —dijo—. Yo les convenceré de que todo fue una alucinación vuestra y, como parecen bastante sensatos, acabarán por aceptar.

—Es posible —admitió Browne—. Pero Stuart y yo sí vimos el brazo del calamar.

—Lo vimos —repitió Millman.

Browne miró a Haffner.

—Capitán, ¿cree usted que el calamar volvió para vengarse?

Haffner se puso pálido. Los dos marineros observaron que le temblaban las manos.

—Eso... eso son leyendas —respondió al fin, haciendo un gran esfuerzo.

Pero en su interior, no estaba convencido de que fuese una leyenda.

Sharmyn Galdew adelantó el torso y miró hacia abajo. El hundimiento se había llevado más de diez metros de camino, que aparecía completamente cortado, a una docena de metros del nivel de las olas.

La fuerza del viento había menguado bastante, a pesar de lo cual, el mar continuaba batiendo los acantilados. Galdew se irguió y volvió los ojos hacia la chica.

—Es imposible pasar de otra forma que no sea a pie —dijo.

—Lo sé, pero no me importa en absoluto. Estoy dispuesta a permanecer aquí, hasta que esos miserables hayan confesado que asesinaron a mi padre.

—No creo que lo consiga, Cassie. Personalmente, puedo admitirlo —respondió Galdew—. Ahora bien, de un modo más oficial, lo único que puedo hacer es confirmar nuestras sospechas acerca de si el hundimiento del «Rowndelaer» fue provocado para cobrar el seguro y, por lo tanto, se cometió el delito de baratería. Les costaría unos cuantos años de cárcel, créame.

—Alguno de ellos acabará por confesar. Están amedrentados y, además, divididos en dos bandos. Browne y Millman, de una parte, y Haffner y Stockton de la otra.

—Con cuatrocientas mil libras en juego.

—Exactamente —de pronto, Cassie apoyó la mano en el brazo del joven—. Sharmyn, ¿no cree que la muerte de Arr pudo ser provocada por Haffner?

—¿Por qué?

—Sencillamente, por dos motivos: uno, ahorrarse parte del dinero que les prometieron por ayudarles a hundir el «Rowndelaer». Y el otro motivo consiste en que para acallar a una persona, la muerte es algo mucho más seguro que un montón de billetes.

Galdew se acarició la mandíbula pensativamente.

—Eso significaría que tienen la intención de matar a Browne y a Millman —dijo.

—Muy posible —concordó la chica.

—En tal caso, si lo del brazo del calamar fue un truco, es preciso reconocer que estuvo muy bien hecho.

—Sí, pero el que había como trofeo en el salón, ha desaparecido. Y, aunque la ventana estaba abierta, no entró nadie en la estancia.

—Suponiendo que la leyenda se hiciera realidad, el calamar tuvo que alargar muchísimo el otro brazo para llegar hasta la pared frontera, que era donde tenía la pareja.

—De la pared a la ventana hay cinco metros. Un calamar gigante alcanza los dieciséis.

—¿Y trepó por los acantilados?

Cassie hizo un gesto de desaliento.

—No lo sé —respondió—. Todo esto es un misterio que no acabo de comprender. ¿Por qué no continuamos el paseo, Sharmyn?

—Muy bien —aceptó el joven—. ¿Hacia dónde vamos?

—Aún no hemos visto el faro. ¿Qué le parece una vueltecita hasta allí?

—Estupendo —aprobo Galdew.

Giraron en sentido opuesto. A poco, alcanzaron el camino, por un punto desde el cual se podía transitar ya con normalidad.

Pasaron nuevamente por delante de la casa. Millman estaba detrás de los vidrios de una ventana y les saludó con la mano.

Cuarenta metros más adelante, Galdew se detuvo y miró hacia la

casa.

—¿Qué le sucede ahora? —preguntó Cassie.

—Estaba mirando la ventana de la cocina, por donde se supone salió Arr y fue arrastrado al abismo —respondió el joven.

—Desde la ventana al borde de los acantilados hay una veintena de metros escasa.

—Sí —suspiró el joven, tremendamente desconcertado—, eso es lo que estoy viendo. Sigamos.

La lengua de tierra era muy estrecha. En algunos lugares, no alcanzaba siquiera los cien metros de lado a lado. El faro se hallaba al final.

Veinte minutos más tarde, alcanzaron las inmediaciones del faro. El viento soplaba allí aparentemente con más fuerza, pero porque el lugar estaba completamente despejado. El oleaje levantaba de continuo grandes nubes de espumas.

De pronto, la puerta del faro se abrió y una mujer apareció ante los ojos de la pareja.

CAPÍTULO VII

Los dos jóvenes se detuvieron al ver a la mujer. Ella les dirigió una amable sonrisa.

—Son ustedes huéspedes del capitán Haffner, supongo —dijo.

—Así es, señora... —respondió Cassie.

—Mac Davis —se presentó ella—. Mi esposo es el torrero del faro.

—Mucho gusto, señora Mac Davis. Yo soy Cassie Pannox. Éste es Sharmyn Galdew, un buen amigo mío —presentó la chica.

Galdew se percató de que la mujer hacía un gesto de sorpresa al oír las palabras de Cassie. No obstante, la señora Mac Davis recobró su sonrisa en el acto.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, alta, de cabellos claros y formas rotundas, quizá demasiado a juicio del joven, lo cual indicaba una tendencia a la obesidad. «Ahora la está conteniendo, pero dentro de unos años, se pondrá como un barril».

Sin embargo, hubo de reconocer que la señora Mac Davis era aún muy atractiva.

—¿No quieren pasar y tomar una taza de té? —preguntó la mujer—. Dispensen que no les atienda mi esposo, pero está durmiendo. Por las noches vigila el faro, a pesar de que es automático.

—Con mucho gusto —aceptó Cassie, en nombre de los dos.

Entraron en el faro. La señora Mac Davis les guió por una escalera de hierro, en espiral, que conducía a uno de los pisos superiores de la torre. Abrió una puerta y les invitó a pasar.

—Tengan la bondad de esperar unos minutos —rogó, sonriente.

La estancia se hallaba situada a unos diez metros del suelo. Desde allí, se podía divisar perfectamente la casa.

—Sharmyn —dijo Cassie de pronto.

—¿Le ocurre algo?

—Una cosa —murmuró la chica, sumamente pensativa—. Anoche hacía una noche de perros, ¿no?

—Bien, se podría calificar así, más o menos.

—Entonces, lo lógico sería tener todas las ventanas cerradas, ¿no le parece?

—¿Adónde quiere ir a parar?

—La señora Mac Davis telefoneó diciendo que había oído gritos.

—Pudo abrir la ventana precisamente en aquel momento.

—Se necesita un buen porcentaje de lo que comúnmente suele llamarse cálculo de probabilidades. Sí, admitámoslo —dijo Cassie con sorna—. Admitamos que oyera los gritos, si abrió la ventana precisamente en aquellos momentos tan trágicos. Pero yo no lo creo.

—¿Por qué? —preguntó Galdew, atónito.

—Me acuerdo perfectamente que, cuando Millman y yo fuimos a preparar la cena, cerré las contraventanas del hueco por el que se dice fue arrastrado el marinero muerto. Esa ventana está justamente frente al faro, cuyos destellos capté yo desde allí... ¡y el viento me daba directamente en pleno rostro! —terminó Cassie dramáticamente.

Galdew abrió la boca. El sentido de las palabras de la chica era fácilmente comprensible.

Stockton había explicado que los gritos habían podido escucharse desde el faro, a causa del viento. Pero si éste soplaba en sentido contrario, era obvio que la señora Mac Davis no podía haber escuchado tales gritos.

Antes de que pudiera decir nada, Luisa Mac Davis penetró en la estancia, con una bandeja en las manos. Sonriente, explicó:

—Les vi venir hacia el faro hace un rato y pensé que tal vez me aceptarían una taza de té. Por eso lo he preparado tan pronto.

—Es usted muy amable, señora Mac Davis —sonrió la chica.

—Oh, no tiene importancia —dijo Luisa—. ¡Es tan aburrida la vida en el faro! Nuestra soledad es casi absoluta y sólo en el buen tiempo vienen algunos turistas a tomar fotografías. Pero ahora, a la entrada del invierno, esto se pone insoportable.

Galdew tomó su taza.

—Se comprende —dijo—. Sin embargo, tengo entendido que un torrero de faro es relevado cada determinado período de tiempo.

—Seis meses, en nuestro caso —respondió Luisa—. Nos iremos para Navidad y volveremos a la entrada del verano. Estoy ansiosa de salir de aquí, créanme.

De pronto, se volvió hacia la chica.

—Me parece haber oído su apellido antes de ahora, señorita Pannox.

—Es posible —convino Cassie con una sonrisa—. Tal vez se lo oyó a su esposo. Los torreros de faro suelen tener amistades entre los marinos y mi padre lo era.

—No —respondió Luisa—, no se lo he oído a mi esposo. Pero yo también tenía un hermano en la marina mercante. Quizá fue él quien mencionó alguna vez a su padre, señorita.

—Es posible —admitió Cassie—. ¿Cómo se llamaba su hermano, señora Mac Davis?

La puerta de la estancia se abrió en aquel momento. Un hombre entró, dio dos pasos y luego se detuvo, un tanto confuso.

—Perdóname, Luisa —dijo—. No sabía que tuvieras visita.

—Eres tú quien debe perdonarme, querido —sonrió la mujer—. He debido hacer ruido al preparar un poco de té para estos jóvenes tan simpáticos.

Se volvió hacia la pareja.

—Mi esposo, Jubal —presentó—. Jubal, la señorita Pannox, el señor Galdew.

El torrero saludó a los visitantes. Era un hombre tremendo, hercúleo, la pareja ideal para su esposa.

—No tenía mucho sueño hoy, Luisa —explicó, cogiendo la taza que le ofrecía su mujer.

—Sentiríamos mucho haber sido la causa de la interrupción de su sueño, señor Mac Davis —dijo Galdew.

—No se preocupen —sonrió el torrero. Tomó el té y luego preguntó—: ¿Les gustaría visitar el faro?

—Aceptamos encantados —dijo Cassie sonriente.

Mac Davis les condujo hasta el final de la torre, donde, tras una estructura de sólidos cristales, se hallaba la linterna. Cortésmente, les explicó algunas de las particularidades del faro, les narró algunas anécdotas relacionadas con la profesión y luego les hizo

salir al exterior, desde donde se divisaba un vasto y atrayente panorama, a casi cincuenta metros del suelo y ochenta de las olas aún embravecidas.

El trozo de camino hundido se divisaba desde allí. Galdew hizo una observación banal al respecto y el torrero contestó que ya lo había comunicado a la aldea, para que lo reparasen lo antes posible.

—Desde luego, tenemos víveres suficientes para varios meses, pero el cartero tendrá que cubrir a pie el resto del camino —añadió—. Usa una furgoneta y, según en qué días, caminar por Sword Point resulta peligroso. Cuando el viento sopla con fuerza ocho Beaufort, un hombre puede ser arrastrado al mar con toda facilidad.

—¿Fuerza ocho Beaufort? —repitió la muchacha, extrañada—. ¿Qué significa eso, señor Mac Davis?

—Es una escala para medir la velocidad del viento —contestó el torrero sonriendo—. Cuando el anemómetro señala ochenta o noventa kilómetros a la hora, el faro tiembla como si fuese a volar por los aires.

—El viento soplaba anoche con gran potencia —observó Galdew.

—Oh, no demasiado. Fuerza seis —dijo Mac Davis—. Entre treinta y cinco y cuarenta y cinco kilómetros a la hora, según la graduación Beaufort. Pero anoche, la aguja indicadora del anemómetro no superó nunca los cuarenta y tres kilómetros a la hora, o sea fuerza seis.

—¿Cuál era la dirección del viento, señor Mac Davis?

—Soplaba hacia el sudeste, señor Galdew.

El joven movió la cabeza y sonrió, sin decir nada. Luego se volvió hacia la muchacha.

—¿Volvemos, Cassie?

—Como quiera, Sharmyn.

Descendieron por la escalera. Luisa Mac Davis les esperaba en la puerta de la estancia y se despidió de ellos con toda cortesía.

—Vengan por aquí siempre que quieran —invitó.

—No creo que estemos muchos días en casa del capitán Haffner, pero agradecemos su ofrecimiento, señora —expresó la chica amablemente.

—Yo les acompañaré —dijo el torrero.

Terminaron el descenso. Al llegar al nivel del suelo, Galdew

reparó en un montón de algo que parecía un enorme rollo de cuerdas, cubierto con una lona y situado al pie de la escalera, pero la lona era demasiado grande y ancha y con muchas arrugas, por lo que no pudo colegir con exactitud lo que había debajo de la misma.

Tras despedirse de Mac Davis, emprendieron el regreso a la casa.

Al cabo de unos momentos, Cassie dijo:

—Sharmyn, ¿se ha dado cuenta de que Mac Davis ha confirmado mis palabras respecto a la dirección del viento?

—Sí.

Galdew estudió la posición del faro y de la casa.

—Si trazamos una línea imaginaria entre ambos edificios —manifestó—, tendremos que sigue la dirección sudeste.

—O noroeste, según el punto de observación en que nos hallemos —dijo Cassie.

—El viento soplaban anoche hacia la casa, es decir, en dirección sudeste. Por lo tanto, Luisa Mac Davis no pudo escuchar los gritos de Arr de ninguna manera.

—Tenía un hermano en la marina mercante, pero no hemos conseguido saber su nombre —dijo ella pensativamente.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que está sucediendo?

—Tal vez nada —replicó Cassie—. Pero ¿y si Luisa hubiese estado en las inmediaciones de la casa? Le habría sido fácil oír los gritos de Arr, ¿no le parece?

Galdew reflexionó unos momentos y, al fin, dijo:

—No, esa hipótesis no tiene razón de ser, Cassie.

—¿Por qué, Sharmyn?

—Sencillamente, suponiendo que Luisa Mac Davis hubiera estado en las proximidades de la casa cuando gritó Arr, no habría tenido tiempo de llegar al faro y telefonear al capitán Haffner. Es cierto que fue Stockton quien atendió la llamada, pero ello no invalida la cuestión. Además, sólo sabemos por Stockton que fue ella la que llamó, pero no podríamos afirmar que lo hubiese hecho.

—Más a mi favor —dijo Cassie calurosamente—. Si no fue ella, fue su esposo.

—Pero es lo mismo. Luisa tendría que haber regresado a casa corriendo para decir a su marido lo ocurrido. O aunque hubiera sido al revés, Cassie. De noche, sin luz y con mal tiempo, por muy bien que se conozca el terreno, es imposible correr de esa manera

sin el peligro de sufrir un grave accidente.

—Entonces, ¿cómo oyeron los gritos? —preguntó Cassie con aire desalentado.

—No creo que eso nos importe demasiado —manifestó Galdew—. El hecho de que Luisa Mac Davis haya tenido un hermano en la marina mercante, no es para que sintamos sospechas de ella o de su marido. Tendríamos que sospechar igualmente de miles de personas que tienen familiares marinos, ¿comprende?

—Sí, supongo que sí —dijo Cassie, con notoria falta de entusiasmo—. Y es que me encuentro en un estado que empiezo a ver culpables por todas partes.

—De momento, sólo podemos afirmar, pero no probar, que hay unos hombres culpables de un naufragio ilegal, aunque no de asesinato, Cassie.

La chica asintió en silencio.

Sharmyn tenía razón.

En el mejor de los casos, sólo podrían demostrar que Haffner era culpable de baratería, ayudado por algunos miembros de la tripulación del «Rowndelaer», pero nada más.

—Y, sin embargo, yo estoy segura de que asesinaron a mi padre —expresó sus pensamientos en voz alta.

—Cree que lo mataron porque se negó a colaborar en el hundimiento del ballenero, ¿no es cierto?

—Sí, exactamente eso es lo que creo —afirmó la chica con voz llena de firmeza.

CAPÍTULO VIII

Perf Stockton regresaba a pie desde la aldea. Su humor no tenía nada de agradable.

Por supuesto, no había denunciado la muerte de Arr; ni a él ni a Haffner les convenía en absoluto que la policía metiese sus narices en la casa.

—Bastante tenemos ya con la hija de Pannox y ese maldito fisgón que la acompaña —se dijo, cuando, en medio de la penumbra del atardecer, divisó a lo lejos las luces de la casa.

Pero había tenido que desempeñar el papel de denunciante, a fin de no denunciarse ellos mismos.

Confiaba en que Cassie y Galdew abandonarían la casa al día siguiente.

—Y si no se van, los echaremos como sea —masculló a media voz.

Pensó con delicia en el fuego de la chimenea y el vaso de *whisky* que se iba a tomar para entrar en reacción. El viento era bastante frío y penetraba hasta los huesos, a pesar de las gruesas ropas que vestía.

En cuanto se fuera la pareja, harían el reparto del botín. Les convenía tener callados a Browne y a Millman.

Los marineros podían decir muchas cosas, si no se entregaba la parte convenida. Hablarían de la muerte del segundo Pannox, del supuesto naufragio del «Rowndelaer»... No, era preferible perder unos miles de libras y disfrutar cómodamente del resto.

Alcanzó el trozo de camino hundido y dio un pequeño rodeo para salvar los obstáculos. Las olas chasqueaban con fuerza a menos de doce metros de distancia.

De repente, cuando ya iba a llegar al sector indemne, oyó un

ruido a sus espaldas.

Se volvió. La sangre se le heló en las venas inmediatamente.

Un largo brazo, grueso, flexible, de un horrible color grisáceo, ondulaba en el aire buscando su cuello.

Stockton se sintió invadido por un pánico espantoso. El tentáculo era liso, salvo en su extremo, donde tenía una protuberancia alargada, llena de ventosas de succión por su cara interna.

Quiso echar a correr, pero tropezó en una piedra y cayó de bruces, golpeándose en la frente.

La sangre brotó de la herida, pero él no hizo caso. Estaba acometido por un pánico absoluto.

El tentáculo le golpeó el cuerpo con tremenda fuerza. Stockton sintió dentro de su cuerpo un horrible dolor. Incluso percibió el chasquido de las costillas fracturadas.

Pese a todo, trató de huir. Se puso en pie.

En aquel momento, el tentáculo rodeó una de sus piernas y tiró hacia abajo con tremenda fuerza.

Stockton dejó escapar un alarido desgarrador. Inclinandose hacia adelante, perdió el equilibrio y hendió el espacio con la velocidad de una bala.

Chocó contra una roca situada a diez metros más abajo. Rebotó y saltó al mar.

El primer golpe había acallado sus gritos de pavor. Las olas cubrieron su cuerpo inmediatamente.

Dentro de la casa, Galdew observaba que la tensión iba en aumento a medida que transcurrían las horas.

Haffner permanecía sentado junto a la chimenea, inmóvil, sumido en hondas meditaciones, Browne y Millman, sentados frente a frente, jugaban una aburrida partida de naipes.

Galdew y Cassie charlaban en voz baja, situados en un rincón de la estancia. La claridad del día estaba siendo sustituida por una luz grisácea, tétrica, nada animadora.

—Stockton parece que está tardando demasiado —gruñó Browne de pronto, pero en el tono justo para que sólo le oyese su compañero.

—Son veintiocho kilómetros a pie, entre la ida y la vuelta, respondió Millman.

—A la ida solamente, porque si usa un poco los sesos, buscará un vehículo que le traiga hasta el trozo de camino interrumpido. ¡Estoy seguro de que se ha emborrachado indecentemente!

—No hables por hablar. Esperemos; todavía no es de noche.

Browne agitó las cartas con gesto contraído.

—Falta muy poco. Y yo tengo unos deseos locos de largarme de este asqueroso caserón.

—Ya sabes lo que te dijo el capitán Haffner: es preciso esperar a que se marchen la chica y su acompañante.

—¿Y si no quieren irse? ¿Es que no te figuras por qué están aquí?

—Sí, pero... Vamos, reparte cartas. Stockton no puede tardar y esta misma noche haremos el reparto. Nos vamos a pie y...

Browne inclinó el torso hacia adelante. Sus ojos tenían un brillo febril.

—Stuart —dijo, en voz muy baja.

—¿Qué quieres? —preguntó el otro.

—Se me acaba de ocurrir una idea.

—Bueno, suéltala ya.

—A la medianoche, cuando todos duerman... ¿por qué no entramos en el cuarto del capitán y...? ¿No comprendes lo que quiero decirte?

Millman miró a su compañero con aire perplejo.

—¡Diablos! —rezongó.

Browne sonrió satisfecho. Dábase cuenta de que Millman no estaba resuelto aún a secundarle, pero veía que la duda se había infiltrado en su cerebro.

—Piénsatelo bien —dijo persuasivamente—. No tengas prisa; hay tiempo de sobra.

Cassie contemplaba a la pareja desde su rincón, junto a Galdew.

—Me gustaría saber de qué están hablando esos dos tipos —murmuró.

—Recuerdos de sus correrías por las zonas balleneras —respondió el joven.

—No. Su actitud es la de unos conspiradores.

Galdew sonrió levemente.

—Cassie, por favor...

Ella se removió inquieta en su asiento.

—Su problema es muy distinto del mío —dijo ácidamente—. A usted no le asesinaron el padre, Sharmyn. Usted con comprobar que se hundió delictivamente el «Rowndelaer», tiene bastante, ¿no es eso?

—No se enoje, Cassie. Creo haberle dicho que, personalmente, puedo aceptar su teoría, pero debo actuar de un modo distinto, aunque no me guste. Compréndalo, se lo ruego.

—Sí, es posible que tenga razón. Estoy nerviosa, Sharmyn.

—No es usted quien debe estarlo, sino los culpables.

Cassie volvió a mirar a la pareja de marineros, que habían reanudado el juego. Luego giró la cabeza hacia Haffner, quien parecía sumido en hondas meditaciones.

—Y ése, ¿en qué estará pensando? —musitó.

—En la forma de disfrutar mejor de la parte de botín que le toca —sonrió Galdew.

—Era el capitán y propietario del «Rowndelaer».

—Pero un naufragio no se simula tan fácilmente. Necesita ayudantes... y es preciso taparles la boca, para que callen.

—Entonces, por eso se congregaron aquí los antiguos tripulantes del «Rowndelaer».

—Justamente.

—Si supiéramos dónde tienen el dinero, podríamos darles un buen chasco.

—Ya lo intenté yo la noche pasada. No conseguí nada. Sin embargo, mientras no demostremos que son culpables, el dinero es legítimamente suyo.

—Tal vez esté en el propio dormitorio de Haffner.

—Quizá. Pero debemos seguir esperando, Cassie.

—La espera me consume los nervios —se lamentó la chica.

—Paciencia, por favor, paciencia —insistió Galdew con una sonrisa—. ¿Fumamos?

Cassie aceptó de mala gana el cigarrillo que le tendía el joven. Al encenderlo, miró de nuevo a Haffner, por encima de la llamita del fósforo.

—¿En qué estará pensando? —repitió, mientras expulsaba el humo.

El capitán Haffner estaba pensando en el modo de marcharse de la casa sin despertar sospechas.

También se sentía nervioso, pero lo ocultaba una capa de impasibilidad total. Stockton estaba tardando demasiado.

Como Browne y Millman, calculaba que el sujeto debía haber alquilado un auto para que le trajese hasta las inmediaciones de la casa, lo cual habría acortado notablemente el tiempo de su ausencia, pero la noche estaba a punto de caer y Stockton no aparecía.

El dinero estaba bien guardado, Stockton llevaba encima solamente unas cuantas libras; no era lógico, pues, pensar que hubiese escapado.

—Regresará —se dijo.

De pronto se oyó un grito.

Era más bien un alarido de terror y, aunque débil de intensidad, a causa de la distancia, se percibió con toda claridad.

Browne y Millman suspendieron la partida.

—¿Han oído? —preguntó Browne.

—Alguien ha gritado —dijo Cassie.

—Creo que ha sido hacia el camino —manifestó Galdew.

Haffner se puso en pie. Estaba intensamente pálido.

—Me pareció la voz de Stockton...

Galdew se incorporó también.

—Será mejor que salgamos a ver —dijo. Miró a través de la ventana y añadió—: Cada vez hay menos luz. Capitán, ¿tiene usted alguna linterna a mano?

—Por supuesto. La traeré inmediatamente.

Cassie corrió hacia su habitación.

—Traeré los impermeables —dijo.

Galdew miró a los dos marineros.

—¿Querrán venir? —preguntó.

Browne tiró las cartas sobre la mesa.

—Bueno —dijo, con evidente desgana.

Millman no habló, pero se puso en pie.

Cassie y Haffner regresaron casi al momento. La chica entregó a Galdew su impermeable.

Galdew cogió la linterna de manos de Haffner. Era grande y de foco muy potente.

—Salgamos —dijo.

Abandonaron la estancia y cruzaron el vestíbulo. Al salir fuera,

Galdew se detuvo a escuchar unos instantes.

—No se oye nada, pero debemos averiguar lo que ha pasado.

—El grito ha sonado en aquella dirección —dijo Cassie, extendiendo la mano hacia el lugar donde se había derrumbado el camino, a menos de cien metros de la casa.

Había ya muy poca luz. El viento soplabá ahora con velocidad muy inferior a la de la víspera.

Galdew corrió hacia el sitio donde el camino iniciaba la curva descendente. Llegó al punto donde se había producido el hundimiento y miró en todas direcciones.

Lo oscuridad era casi completa. Apenas si se veía otra cosa que la confusa y siempre cambiante mancha blanquecina de las espumas de las olas.

De pronto, creyó divisar un objeto que se movía en el mar, subiendo y bajando con el oleaje.

Encendió la linterna y proyectó el haz de rayos hacia abajo.

—¡Es un hombre! —gritó.

—Parece mover los brazos —dijo Haffner, a su lado.

Galdew pasó la linterna a la muchacha.

—Alúmbreme, Cassie —dijo.

—Cuidado, Sharmyn —contestó ella, aprensivamente.

Galdew emprendió el descenso con infinito cuidado. Las rocas, brillantes de humedad, estaban muy resbaladizas.

Cassie se volvió hacia Haffner.

—Capitán, ¿tiene cuerdas en la casa? —preguntó.

—Yo las traeré —se ofreció Millman.

—Están en el cobertizo contigo a la cocina, que sirve de leñera —indicó Haffner.

Mientras tanto, Galdew continuaba su descenso. Momentos después, llegaba justo al borde del mar.

Las olas subían aún con relativa fuerza. En pocos instantes, quedó empapado de pies a cabeza.

El hombre agitaba débilmente los brazos. Tenía la cara manchada de sangre, que era lavada continuamente por las aguas agitadas. La hemorragia no daba señales de cesar.

Stockton divisó con ojos turbios la vaga silueta de un hombre.

—Socorro... —gimió, con voz apenas audible.

Una ola le empujó repentinamente contra la orilla. Agarrándose

a un saliente con la mano izquierda, estiró el cuerpo cuanto pudo y agarró las ropas del sujeto.

—¡Stockton está vivo! —gritó—. ¡Necesito ayuda!

Browne descendió hasta situarse a su lado. Entre los dos, izaron a Stockton a lugar seguro.

—Me muero... —gimió el hombre con voz estertorosa.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Galdew.

—El calamar... Sacó un brazo... fuera del agua y... me lanzó a las rocas... Estoy destrozado por dentro...

Una bocanada de líquido rojo brotó entre los labios de Stockton. Su cuerpo se estremece, bruscamente y su cabeza se dobló a un lado.

Galdew apoyó su mano en el pecho de Stockton. Estuvo así unos momentos.

—Señor Galdew —gritó Haffner en aquel momento—, ¿está vivo?

—No —contestó el joven—. Acaba de morir.

CAPÍTULO IX

El cadáver de Stockton fue trasladado a la casa y depositado en su habitación.

Galdew hizo un somero examen del cuerpo, encontrando numerosas huellas de golpes por todas partes. Tocó asimismo algunas regiones abundantes en huesos y notó indudables señales de graves fracturas.

Al terminar, cubrió el cadáver con una manta y regresó a la sala, donde aguardaban los demás.

Cassie le ofreció una copa de *brandy*, que el joven agradeció con breve sonrisa. Haffner permanecía en su sillón, con todo el aspecto de hallarse abrumado.

Los marineros estaban en un rincón, visiblemente amedrentados. Browne había oído las últimas palabras de Stockton y sentía un pánico espantoso.

Después de tomar la copa, Galdew se acercó a la chimenea. No tenía otras ropas que las puestas y debía procurar que se secaran con el calor de su cuerpo.

La chaqueta estaba sobre una silla. Él se había quedado en mangas de camisa.

—Capitán —dijo, rompiendo el silencio al cabo de unos momentos.

Haffner levantó la cabeza y le miró con ojos que carecían de fijeza.

—Señor Galdew —murmuró.

—Dos muertes se han producido ya en esta casa, en el breve lapso de veinticuatro horas. Es preciso dar cuenta a la policía.

—Stockton ya avisó...

—No avisó —cortó Galdew tajantemente—. De lo contrario,

hubieran llegado mucho antes, dejando el auto que habrían utilizado ineludiblemente antes de llegar al trozo cortado.

—Pero Stockton...

—Ni a Stockton ni a usted les convenía que la policía investigue en un caso que empiece con el hundimiento delictivo de un barco —manifestó el joven con firme acento—. Por lo tanto, estoy seguro de que Stockton fue a la aldea solamente para desempeñar el papel de denunciante, confiando en que la señorita Pannox y yo nos fuéramos mientras tanto. No ha sido así... y es preciso solucionar este asunto de una vez. La casa tiene teléfono, ¿no es cierto?

—Yo llamaré a la aldea —dijo Cassie de pronto.

—Es inútil —exclamó Haffner—. No conseguirá la comunicación.

—¿Por qué? —se sorprendió el joven.

—La línea está enterrada y sigue, más o menos, el trazado del camino. Se habrá roto al producirse el hundimiento.

—A pesar de todo, probaré —insistió Cassie.

Un minuto más tarde, comprobaba que Haffner no le había mentado.

—¡Fue el calamar! —exclamó Browne de repente—. Yo lo oí...

—¡Cállese! —ordenó Galdew imperativamente—. Hay un seguro de cuatrocientas mil libras esterlinas por repartir. Cuantos menos sean, mayor será la parte que corresponderá a los supervivientes.

—¿Qué está diciendo? —exclamó Haffner, poniéndose en pie bruscamente.

—Ya lo ha oído —respondió el joven sin inmutarse—. El «Rowndelaer» no se hundió accidentalmente, sino de un modo deliberado, a fin de cobrar el importe del seguro. Pero esto es ahora lo de menos, con ser mucho. Lo importante es que han muerto dos hombres y que la autoridad debe tomar cartas en el asunto.

—Usted es policía, ¿no? —dijo Millman.

—No, no lo soy —replicó Galdew sorprendentemente, aunque sin expresar su profesión de un modo claro—. Pongamos que soy... un detective privado.

—Dispuesto a ganarse una buena prima por recuperar esas cuatrocientas mil libras, según usted, cobradas fraudulentamente —intervino Browne.

—Admitámoslo —contestó el joven—. Insisto, sin embargo, que

lo más importante es dar a conocer la muerte de esos dos hombres...

—Podríamos declarar que se trata de sendos accidentes —dijo Haffner débilmente—. ¿Quién se creería la historia del calamar?

—Calamar o no, accidente o asesinato, son dos muertes violentas —terció Cassie—. El señor Galdew tiene razón. La policía debe tomar este asunto en sus manos.

—Muy bien, pero, sin teléfono, estamos incomunicados. Y de noche no hay quien atraviese el istmo. Es demasiado peligroso —alegó Haffner.

—Hay otro medio —contestó el joven.

—¿Cuál? —quiso saber Millman.

—El faro.

—¿El faro? —repitió Haffner estúpidamente. De pronto, añadió —: Su línea telefónica estará también cortada.

—No sé de ningún faro moderno que no tenga una emisora de radio, cuando menos para casos de emergencia —aseguró Galdew—. Y éste lo es.

—¿Irás ahora? —preguntó la muchacha.

—En cuanto haya terminado de secar mis ropas. ¿Alguno de ustedes —se dirigió Galdew a los marineros— quiere traer más troncos a la chimenea?

Millman abandonó la estancia. Poco después, regresaba con un gran brazado de troncos.

—Ha sido el maldito calamar —refunfuñó.

Galdew no dijo nada. De cuando en cuando, se daba vuelta, a fin de que el calor de las llamas evaporase de sus ropas el último resto de humedad.

Cassie estaba junto a él, sosteniendo su chaqueta con dos manos. Nubes de vapor se elevaban de las prendas, mientras los troncos crepitaban alegremente, despidiendo grandes llamaradas.

Media hora más tarde, Galdew se vistió de nuevo y tomó la linterna.

—Regresaré lo antes posible —prometió.

La muchacha le acompañó hasta la puerta.

—Me gustaría ir con usted —expresó ansiosamente.

—No, Cassie. La necesito para que vigile a ese trío. ¿Sabría usted manejar un arma de fuego?

—Por supuesto.

—Vaya a mi maletín. Allí hay un pequeño revólver. Úselo para protegerse exclusivamente.

—Oh, Sharmyn —se quejó ella—. ¿Me ha tomado usted por una mujer ansiosa de verter sangre?

—Claro que no. Pero esos tres tipos se saben en peligro y serían capaces de cualquier cosa. En caso de que observe algo sospechoso, antes de mi regreso, salga afuera y dispare tres veces seguidas al aire. ¿Ha comprendido?

—Perfectamente, Sharmyn; váyase tranquilo y no se preocupe de nada más.

Antes de salir a las tinieblas, el joven sonrió.

—¿Quiere que le diga una cosa, Cassie?

—Desde luego.

—Me alegro de haberla conocido.

Ella se ruborizó ligeramente.

—Yo también a usted, Sharmyn —contestó.

Estuvo en la puerta, hasta que el joven se hubo perdido de vista. Luego, profundamente pensativa, regresó a la habitación.

Apenas hubieron salido los dos jóvenes, Browne y Millman se echaron encima de Haffner.

—Capitán, esto debemos solucionarlo inmediatamente —dijo el primero.

—No sé si el calamar ronda o no la casa —gruñó el otro—, pero lo que sí quiero es la «pasta».

—Arr ha muerto. Stockton también —añadió Browne—. ¿Acaso está esperando a que a éste y a mí nos pase lo mismo para largarse solito con las cuatrocientas mil libras?

—Un momento, muchachos —contestó Haffner, levantando ambas manos—. Vamos a hacer un trato.

—Que sea justo, de lo contrario... —dijo Millman torvamente.

—No trate de engañarnos, capitán, o le enviamos acantilado abajo —prometió Browne.

—Hay cuatrocientas mil libras, sí —afirmó el viejo lobo de mar—. Arr y Stockton han muerto y, por lo tanto, sus partes nos corresponden a nosotros.

—Eso ya lo sabemos —gruñó Millman—. ¿Qué tiene ahora debajo de la frente?

—¡Vamos, hable pronto! —exclamó Browne, impaciente.

—El tiempo tiende a mejorar. He observado el barómetro y está subiendo.

—No nos hable ahora del tiempo, sino del dinero, maldita sea —dijo Millman en tono exasperado—. ¡Estamos ya cansados de esperar, condenación!

—Muy bien. ¿Qué os parecerían setenta y cinco mil libras a cada uno, en lugar de las treinta mil prometidas primitivamente?

Millman y Browne se contemplaron mutuamente. Luego, Browne dijo:

—¿A cambio de qué, capitán?

—Necesitamos una buena lancha. No podemos escapar por tierra.

—¿Y dónde encontramos la lancha?

—En la aldea hay un hombre que tiene una y la alquila a los turistas y veraneantes. Se llama Softy Wanderer y, si el cliente lo desea y paga la fianza correspondiente, le deja la lancha. Otras veces la tripula él mismo, pero nosotros somos marineros, ¿no?

—¿Está sugiriendo que uno de nosotros vaya a la aldea y alquile la lancha?

—Justamente —respondió Haffner—. El... que sea puede partir al amanecer. En menos de tres horas habrá llegado a la aldea. Una hora, como máximo, para hablar con Wanderer y que este revise su lancha, y dos o menos para regresar aquí costeanado. Yo os indicaré dónde puede atracar el que la tripule, para recogernos a mí, al otro... y al dinero.

—Pero Wanderer pedirá dinero por el alquiler —alegó Millman.

—Yo lo pagaré. ¿Cuál de los dos quiere ir a la aldea?

—Bien, da lo mismo —rezongó Browne, alargando la mano—. Venga la «pasta», capitán.

Haffner metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de billetes, que contó con harta parsimonia.

—Toma —dijo al cabo—; con cien libras, habrá más que suficiente.

—¿Y qué hay de los otros dos? —preguntó Browne.

Haffner sonrió torvamente.

—Yo me encargaré de ellos —respondió.

—¿Cómo? —quiso saber el marinero.

—Tú llegarás aquí hacia la una, aproximadamente. Tengo un narcótico. Se lo administraré con la comida del mediodía y dormirán hasta la noche. Cuando despierten, habremos volado.

—¿Y dónde iremos? Ese detective o lo que sea, denunciará nuestra marcha inmediatamente —objetó Millman.

Haffner sonrió de nuevo.

—Una vez hundimos un barco, ¿no? —dijo.

Browne y Millman se miraron y sonrieron también.

—No es mala idea —aprobaron casi a dúo.

—Pero así como en el «Rowndelaer» hubo supervivientes, en esta ocasión, no habrá ninguno —dijo Haffner intencionadamente—. ¿Y qué policía hay en el mundo que persiga a tres muertos?

Los tres hombres rompieron a reír estrepitosamente. Hubiesen reído mucho menos, de haber sabido que unos oídos habían escuchado gran parte de su conversación, sobre todo las frases finales.

CAPÍTULO X

La puerta del faro se abrió medio segundo antes de que Sharmyn Galdew levantara la mano para llamar. Luisa Mac Davis apareció bajo el dintel.

—¡Señor Galdew! —exclamó la mujer, sorprendida—. ¿Qué hace usted aquí, a semejantes horas?

—Necesito hablar con su esposo, señora —contestó el joven—. Es urgente, por favor.

Luisa le miró extrañada.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Haga el favor de llamar a su esposo —insistió Galdew. Con ligera sonrisa, añadió—: Usted también puede asistir a la conversación, no faltaría más.

—Está bien —sonrió Luisa—. Tenga la bondad de acompañarme.

Emprendieron el ascenso por la empinada escalera, que se enroscaba en el interior de la torre. Luisa le condujo hasta la salita donde le habían recibido a él y a Cassie aquella misma tarde.

Al lado de la puerta había un timbre. Luisa lo oprimió varias veces seguidas.

Miró al joven, sonriendo.

—Ya está —dijo—. He avisado a mi esposo, que se encuentra en lo alto de la torre. Bajaré enseguida. Mientras tanto, le serviré una taza de té.

—Créame, señora, que lamento muy vivamente causarles tantas molestias —se excusó Galdew.

—Oh, no es ninguna molestia —dijo ella. Y salió de la estancia, con gran movimiento de sus pomposas caderas.

Galdew sacó un cigarrillo y le prendió fuego. La puerta había quedado entreabierta, así que no le resultó difícil oír a poco el

sonido de unos pesados pies que descendían por la escalera.

El torrero entró en la cocina. Galdew oyó su voz bronca, aunque no pudo entender qué decía. Sin embargo, dedujo que estaba informándose con su esposa acerca de los motivos de la llamada.

Mac Davis entró a poco, seguido casi inmediatamente de su mujer, la cual traía en las manos una bandeja con una tetera y varias tazas. El torrero estrechó la mano de Galdew, quien notó en el acto la fuerza poco común de su interlocutor.

—¿Cómo está, señor Galdew? —saludó el hombre—. Mi esposa me ha dicho que ha venido a verme para algo muy urgente.

—Así es, señor Mac Davis —confirmó el joven—. En veinticuatro horas se han producido dos muertes violentas en la casa del capitán Haffner y es por dicha razón que he vuelto aquí, para solicitar su cooperación.

Mac Davis le miró con expresión atónita. Su mujer dejó escapar un «Oooooohhhh...», larguísimo, más bien un suspiro acentuadamente sonoro.

—Dos muertos —repitió el torrero.

—Efectivamente —confirmó Galdew—. Como digo...

—¿Quiénes son los muertos? —preguntó Luisa Mac Davis.

—Stockton y un marinero que sirvió antaño a las órdenes del capitán Haffner, pero eso importa poco ahora...

—¡Stockton! —dijo Mac Davis explosivamente—. ¿Qué le ha sucedido?

Galdew decidió que, de momento, le convenía mentir.

—Perdió pie y cayó al mar por un acantilado. Conseguimos rescatarle aún con vida, pero falleció escasos segundos más tarde.

—¡Dios mío! —murmuró la mujer.

—¿Por qué cometió la imprudencia de andar por la noche? —inquirió el torrero.

—Ahí es precisamente a donde yo quería ir a parar —declaró el joven—. Ustedes dos saben que el camino se ha hundido en un trozo bastante largo, a unos setenta u ochenta metros de la casa. El hundimiento ha roto el cable telefónico y ahora estamos incomunicados con la aldea.

—¡Es un serio contratiempo! —exclamó Luisa.

—Ciertamente, señora —convino Galdew—. Pero tengo entendido que todo faro dispone de radio para casos de emergencia

—miró al torrero—. Por dicha razón, necesitaría que usted hiciese una llamada, a fin de que alguien con autoridad viniese a la casa del capitán Haffner, a fin de notificarle los hechos.

Y para tranquilizar a la pareja, agregó:

—Naturalmente, no se puede hablar de crímenes, pero son dos muertes violentas y la policía debe tomar cartas en el asunto.

Mac Davis hizo un gesto de enojo.

—Temo que no va a ser posible complacerle, señor Galdew —respondió.

—¿Por qué? —inquirió el joven, extrañado.

—Tenemos un aparato de radio, en efecto —declaró el torrero—, pero sólo podemos utilizarlo en casos de emergencia, relacionados con la profesión.

—¿La... profesión? —repitió Galdew atónito.

Mac Davis sonrió.

—Sí. Un buque en situación peligrosa, algún accidente en el faro, que haya podido poner en peligro la linterna o el sistema de iluminación, en fin, creo que no necesito explicarle más.

—¡Pero es que dos hombres han muerto violent... a causa de sendos accidentes! —exclamó el joven.

—Créame que lo siento, señor Galdew —dijo Mac Davis—. Los reglamentos son muy estrictos al respecto y yo podría verme en un serio compromiso si los violase.

—Supongo que su decisión será irrevocable.

—Desde luego.

—Señor Galdew —terció la mujer—, es doloroso tener que hablar así, pero ya no se puede hacer nada por los muertos. Por la mañana, con luz, es factible ir a la aldea y explicar lo que sucede.

Galdew suspiró.

—Está bien, supongo que lo tendré que hacer así. Dispensen la molestia.

—No ha sido molestia —sonrió Luisa—. ¿Quiere tomar otra taza de té?

Mac Davis le ofreció un cigarrillo. Buscó cerillas y volvió la cabeza un momento.

Galdew se quedó rígido por completo.

¡La oreja derecha del torrero estaba hinchada y amoratada!

Luisa le entregó una taza con su plato correspondiente.

—Muchas gracias, señora —dijo él, haciendo un esfuerzo para hablar.

Tomó un par de sorbos de té, completamente desconcertado.

¡Así, pues, el hombre a quien había golpeado no era Stockton, sino Mac Davis!

—¿Le ocurre algo, señor Galdew? —preguntó la mujer, solícitamente.

—No, señora, muchas gracias. —Galdew tomó otro sorbo de té y depositó taza y platillo sobre la mesa—. Habrán de dispensarme. Tengo que volverme a la casa.

—Lamentamos infinito no poder servirle —dijo Mac Davis.

—Usted cumple con su obligación —sonrió el joven—. Buenas noches.

—Acompañale, Luisa, por favor —pidió el torrero.

—Claro.

Galdew descendió las escaleras, precedido por la mujer. Se despidió de Luisa en la puerta y, encendiendo la linterna, emprendió el camino de regreso.

Por encima de él, la gran lámpara del faro se encendía y apagaba alternativamente al girar. A Sharmyn Galdew le parecieron que aquellos guiños que hacía la linterna eran de burla.

¿A qué había ido Mac Davis a casa del capitán Haffner?

Tras algunas reflexiones, hubo de reconocer, sin embargo, que aún no tenía la seguridad de que fuese Mac Davis el hombre a quien había golpeado. Cuando examinó el cadáver de Stockton, no se le había ocurrido mirar detrás de su oreja.

Lo haría una vez estuviese de nuevo en la casa y lo antes posible.

Llamó a la puerta un cuarto de hora más tarde. Millman en persona le abrió.

—¿Todo bien? —preguntó.

Galdew pasó por su lado sin hablarle. Entró en la sala y miró a Haffner, quien permanecía sentado en su sillón, con las manos juntas y la mirada perdida en las llamas.

—Capitán —dijo.

Haffner levantó la cabeza.

—¿Señor Galdew?

—He hablado con el torrero del faro —declaró el joven—. El

señor Mac Davis dice que la radio sólo puede utilizarse para asuntos de emergencia relacionados con el faro.

Haffner asintió pesadamente.

—Mañana... por la mañana —dijo con voz no muy segura—, uno de mis antiguos marineros, el señor Browne, irá a la aldea para avisar de lo sucedido.

Cassie se pasó una mano por la frente, a la vez que miraba al joven con toda intención.

—Me voy a la cama —dijo—. Estoy cansada. Buenas noches a todos.

—Buenas noches, señorita Pannox —contestaron los dos marineros al mismo tiempo.

Haffner no dijo nada. Galdew dirigió a la chica una leve sonrisa y luego se acercó a una mesa donde había una botella y varios vasos.

Destapó la botella y se sirvió una buena dosis de licor, que paladeó a pequeños sorbitos. Estuvo todavía un rato en el salón y, al cabo de varios minutos, se despidió de los presentes y abandonó la estancia.

Caminó rápidamente hasta el cuarto en que se hallaba el cadáver de Stockton. Abrió la puerta y en el mismo momento, oyó a sus espaldas la voz de Cassie.

—Sharmyrn, ¿qué va a hacer ahí? —preguntó la chica.

Galdew inspiró con fuerza. Luego hizo un esfuerzo por sonreír.

—Vaya un susto que me ha dado, Cassie —dijo—. Quiero examinar de nuevo el cuerpo de Stockton.

Cassie palideció un tanto.

—Entraré con usted —dijo valientemente.

Los dos jóvenes cruzaron el umbral. Galdew dio la luz.

Cassie se estremeció al ver el bulto cubierto con una manta, sobre la cama. Se quedó en los pies, mientras Galdew rodeaba el lecho y descubría la cara del muerto.

El joven examinó atentamente el lado derecho de su cabeza. En la sien y en la mejilla tenía señales de golpes, pero eran producidas por los golpes sufridos contra las rocas.

Se veía con toda claridad, ya que la piel estaba cortada. En cambio la oreja aparecía intacta.

Hubo un momento de silencio. Al cabo, Cassie, impaciente, dijo:

—¿Y bien, Sharmyn? ¿Qué es lo que sucede ahora?

—Regresemos a la otra habitación —contestó él, cubriendo de nuevo la cara de Stockton.

CAPÍTULO XI

Una vez se hallaron en la habitación contigua y tras cerrar la puerta con doble vuelta de llave, Sharmyn sacó cigarrillos y ofreció uno a la muchacha.

—Vamos, Sharmyn, explíquese, por el amor de Dios —rogó ella, consumiéndose de impaciencia.

—Usted recuerda que yo le dije que había golpeado a Stockton en la oreja.

—Sí, perfectamente.

—No es cierto. No es a Stockton a quien golpeé.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Cassie.

—Me confundí en la oscuridad. Stockton era un hombre bastante alto, incluso más que yo.

—Es cierto. Pero, si no fue a Stockton, ¿a quién golpeó, entonces?

—A Mac Davis, el torrero.

—¡Qué!

Cassie le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Está seguro, Sharmyn? —preguntó.

—Absolutamente. Le vi la oreja no hará más de una hora. La tiene completamente hinchada y de un color violáceo acentuado.

—¡Cielos! Pero... ¿qué papel pinta el torrero en este asunto? —preguntó Cassie, sumida en el más profundo desconcierto.

—Eso es lo que yo quisiera saber —respondió Galdew, sumamente preocupado—. No me extraña haberme confundido, porque entonces ni remotamente sospechaba de Mac Davis y, además, en la oscuridad, era fácil confundirse. Ambos tenían una elevada estatura y, aunque Mac Davis es un hombre mucho más fuerte y ancho de hombros, la oscuridad y las prisas me impidieron

fijarme en demasiados detalles.

—Usted vio la silueta de un hombre alto y el subconsciente le hizo pensar en Stockton inmediatamente.

—En efecto —convino el joven—. Pero ¿qué relación tiene Mac Davis con el asunto del «Rowndelaer»?

—Mac Davis y su esposa —afirmó la chica.

—¿Cómo lo sabe?

—Ella habló con Stockton y dijo que había oído gritos, recuérdelo. No pudo oír los gritos, está demostrado concluyentemente, al menos desde el faro.

—Tal vez se hallaba espiando en las inmediaciones de la casa —apuntó el joven.

—Quedamos en que eso era imposible, ni para ella ni para su esposo.

—Entonces, ¿cómo oyeron los gritos de Arr?

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Cassie dijo:

—Sharmyn, tenemos que dejar ese asunto de lado, al menos por el momento. Hay otro mucho más importante y que nos concierne directamente a ambos.

—¿De qué se trata? —preguntó Galdew, extrañado.

—Quieren narcotizarnos a mediodía —explicó la muchacha—. Mientras dormimos, Browne llegará con una lancha que habrá alquilado en el pueblo y los tres se irán con el dinero. Luego, cuando estén a suficiente distancia de Sword Point, hundirán la lancha y harán creer a todos que han perecido en el naufragio. Ello les permitirá despistar a la policía y largarse con el seguro.

Galdew emitió un profundo silbido.

—Es una buena noticia —comentó al cabo—. ¿Cómo lo ha sabido usted?

Cassie relató al joven lo que había escuchado durante unos minutos.

—Es evidente —dijo, como resumen de sus pensamientos—, que Haffner tiene escondido el importe del seguro en algún sitio que desconocemos. Yo he registrado el salón, pero no he podido dar con un escondite apropiado.

—Quizá lo guarda en su propio dormitorio —aventuró la chica.

—Es una posibilidad digna de ser tenida en cuenta. No olvidemos que Haffner ha ido reuniendo el importe, en billetes, a lo

largo de bastantes meses, a fin de borrar los rastros de su acción. Se le entregó un cheque por el valor global del seguro, pero hacer efectivo su importe de una sola vez, habría resultado sospechoso. Por eso hizo distintos ingresos en una docena de bancos y luego fue sacando esos depósitos, hasta reunir todo el dinero.

—Tendríamos que registrar su habitación, en efecto —convino Cassie—. Pero ¿cómo entrar en ella, sin ser vistos?

Galdew empezó a pasearse de un lado para otro, mientras pensaba.

Al cabo de un momento dijo:

—Estoy casi seguro de que todo el dinero está en un maletín, Cassie.

—¿Qué le hace pensar una cosa así? —preguntó ella.

—Es lo más fácil de transportar... y de disimular también.

—Sí, tiene razón.

Galdew contempló su maletín de viaje, que yacía sobre una de las sillas.

—Tal vez sea muy parecido a ése —dijo.

Cassie sonrió.

—Está pensando en darle el cambiazo, Sharmyn.

—Justamente —admitió él.

—Pero sólo lo conseguirá si entra en su habitación.

—Y para entrar en la habitación es preciso hacer que Haffner salga de ella. Naturalmente —añadió Galdew—, se necesita un pretexto convincente.

—Diga que me he escapado y que es necesario salir a buscarme —sugirió Cassie.

—No, porque Haffner, con toda seguridad, organizaría la búsqueda por parejas... Al menos, yo lo haría así, Cassie. Entonces, yo tendría que golpear a mi acompañante para regresar a la casa y eso me haría automáticamente sospechoso.

Cassie encendió un cigarrillo y se quedó sumamente pensativo, contemplando las volutas de humo que se retorcían en la atmósfera.

De pronto, lanzó una exclamación.

—Ya lo tengo, Sharmyn.

Galdew la miró con atención. Ella sonrió:

—Vamos a aprovecharnos de la superstición del calamar. Yo saldré afuera y empezaré a pedir socorro y a gritar que el calamar

ha vuelto. Ellos saldrán y... no dispondrá usted de mucho tiempo, Sharmyn.

El joven reflexionó.

—La idea, básicamente, es buena. Usted sale, se aleja una veintena de metros... con mucho cuidado, por supuesto. Diga más tarde que no tenía sueño y que quiso dar un paseo; será preciso dar una explicación acerca de los motivos por los cuales se encontraba usted en el exterior.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Bien, luego entreténgalos un poco. Debe darme tiempo a que yo entre en el dormitorio de Haffner y lo registre. Con diez minutos, tendría más que suficiente.

—¿Y si el dinero está efectivamente en un maletín?

Galdew sonrió.

—Lo traspasaré al mío, que llevaré en el momento del registro.

—Pero luego Haffner puede notarlo por el peso —adujo Cassie.

El joven volvió a reflexionar.

—Hay libros en la biblioteca del salón. Los billetes de banco pesan más de lo que aparentan. Cien libras no se notan en el bolsillo, pero cuatrocientas mil tienen un peso más que respetable.

—De acuerdo —dijo Cassie—. ¿Cuándo empezamos?

Galdew consultó su reloj.

—Ahora son las once de la noche. Salga dentro de diez minutos.

—Muy bien. —Cassie carraspeó en broma—. Tengo que aclararme la voz; habré de gritar como una loca. Una pregunta —dijo de pronto.

—¿Sí, Cassie?

—Supongamos que triunfa y yo continúo entreteniendo a esos tres sujetos. O aunque no consiga lo que esperamos. He de saber cuándo puedo cesar en la alarma, para darle tiempo a usted a que regrese al cuarto y aparezca luego como si también me estuviese buscando. ¿No convendría emplear una especie de contraseña?

—Bien, puedo tutearla. ¿Le parece bien?

—Magnífico —respondió ella—. Voy a empezar a prepararme.

Unos minutos más tarde, el maletín de Galdew estaba vacío de su contenido. El joven se preparó también un pequeño cortaplumas, que podía serle útil, y luego miró a Cassie en silencio.

—¿Lista?

—Lista —afirmó ella, dirigiéndose hacia la puerta.

La abrió ligeramente y miró hacia el pasillo, que aparecía desierto. Luego salió afuera y se dirigió hacia el vestíbulo.

Galdew esperó junto a la puerta, mirando a través de la rendija que había dejado y desde la cual se dominaba perfectamente todo el pasillo.

Pasaron unos minutos.

De pronto, la voz de la muchacha, lejana, pero clara y perfectamente audible, se dejó oír en el exterior:

—¡Socorro! ¡El calamar! ¡Ha vuelto! ¡Socorro...!

Cassie calló un instante y luego volvió a gritar, ahora más cerca de la casa. Desde el sitio en que se hallaba, podía ver perfectamente la silueta del edificio y la zona más oscura que indicaba, a seis u ocho metros de distancia, el borde de los acantilados.

Dentro del edificio sonaron gritos. Una puerta golpeó con violencia.

Galdew sonrió. Los marineros gritaban, llamando a Haffner.

El lobo de mar salió atropelladamente de su dormitorio, poniéndose un pesado chaquetón de abrigo. Corrió hacia la sala y habló a voces con los marineros.

Segundos más tarde, Galdew oyó la puerta de entrada que se abría y cerraba con fuerza. Entonces, saliendo de su dormitorio, corrió hacia el salón con el maletín en la mano.

Buscó la biblioteca. Abriendo el maletín, echó dentro quince o veinte libros, procurando dejar los restantes en el mejor orden posible, a fin de que el hecho pasara inadvertido.

La acción le costó un par de minutos escasos. Fuera, continuaban oyéndose los gritos de la chica.

Haffner, Browne y Millman llamaban a Cassie a voces. Por sus gritos, Galdew dedujo que se habían dispersado un tanto, a fin de encontrarla cuanto antes.

Regresó al dormitorio de Haffner a toda velocidad. Entró y cerró inmediatamente, mirando en torno suyo.

Levantó las ropas de la cama, dejándolas tal como estaban. De pronto, reparó en un pesado armario ropero que había en un lado de la estancia.

Lo abrió y miró precipitadamente en su interior. En el fondo del armario, había una pequeña pila de mantas.

Bajo las mantas, divisó un maletín del tamaño del suyo. Sacándolo al exterior, lo depositó en el suelo.

Haffner debía estar muy seguro de sí mismo para guardar el dinero de manera tan descuidada. El maletín no estaba siquiera cerrado con llave.

Galdew levantó la tapa. Las pilas de billetes le dejaron fascinado durante algunos segundos.

Inmediatamente, abrió su maletín y sacó los libros que dejó a un lado. Empezó a trasladar los fajos de libras esterlinas, procurando hacerlo con la mayor rapidez posible. Oyó voces que le indicaron que Cassie había sido hallada al fin.

El cambio se efectuó en un par de minutos. Metió los libros en el maletín de Haffner y lo cerró, volviéndolo en el acto al mismo sitio. A continuación se puso en pie y miró en torno suyo.

Todo había quedado tal como lo encontrara al llegar. Abrió la puerta, examinó el pasillo en dirección al salón y luego lo cruzó, con ánimo de dirigirse hacia el dormitorio.

Entonces, algo duro y contundente cayó sobre su cráneo.

Notó que se desplomaba hacia adelante. Una mano se apoderó del maletín con el dinero.

Galdew trató de resistirse, pero no pudo conseguirlo. Perdido el conocimiento, se desplomó al suelo.

CAPÍTULO XII

Después de salir de la casa, la muchacha buscó un lugar apropiado y empezó a gritar. Repitió varias veces sus llamadas de socorro, hasta que vio encenderse una luz en la casa.

Entonces corrió unos cuantos pasos, en sentido paralelo al borde del acantilado. Deteniéndose, gritó de nuevo y escuchó.

Un ruido raro sonó cerca de ella. Volvió la cabeza.

Sintió que se le helaba la sangre en las venas. La noche era oscura, pero no había nubes y las estrellas derramaban una tenue claridad sobre el ambiente.

Algo largo y flexible ondeó en el aire, moviéndose con lo que a Cassie le pareció aterradora lentitud. Entonces se percató de que, sin darse cuenta, se había situado a tres o cuatro metros tan sólo del borde de los acantilados.

Un grito, esta vez auténtico, se escapó de sus labios. Corrió frenéticamente, sintiendo a sus espaldas el pesado golpazo del extremo del tentáculo contra el suelo.

—¡El calamar! —gritó—. ¡Está ahí! ¡Socorro!

La voz de Haffner sonó no lejos de ella.

—¡Señorita Pannox!

—¡Aquí, aquí! —gimió la chica, invadida por el pavor, sin dejar de correr.

Una luz osciló repetidas veces en la oscuridad.

—¡Cuidado! —gritó Browne.

—¡Estoy aquí! ¡El calamar ha intentado atacarme! —sollozó Cassie, deteniéndose en el borde del camino que conducía al faro.

Los tres hombres la alcanzaron de inmediato. Haffner llevaba una linterna en la mano.

—¿Qué le ha sucedido, señorita Pannox? —preguntó.

—El calamar... Salió de allí... —contestó ella, aterrorizada—. Vi moverse su brazo... Casi me alcanzó y... y...

—Ve a ver, Millman —ordenó Haffner.

—¡Un cuerno! —contestó el marinero abruptamente—. ¿Cree que tengo ganas de que el calamar me arrastre al abismo?

Haffner apretó los labios coléricamente, pero no dijo nada.

—Regresemos a la casa —dijo—. Allí estaremos seguros.

Pasó un brazo por el hombro de Cassie, quien se dejó llevar sin resistencia. En aquellos momentos, la muchacha no se acordaba de la contraseña convenida con Galdew.

Browne y Millman caminaban detrás, mirando aprensivamente en todas direcciones. Al entrar en la casa, Haffner les ordenó cerrar puertas y ventanas.

Cassie se sentó en un sillón. Haffner le ofreció una copa de licor, que ella tomó agradecidamente.

Aún se estremecía, cada vez que recordaba el espantoso espectáculo que acababa de presenciar tan sólo unos momentos antes.

De repente, Haffner notó la falta de alguien.

—¿Dónde está el señor Galdew? —preguntó.

—Aquí —contestó el interpelado, penetrando en la estancia.

Cassie miró al joven, preguntándose qué podría haber hecho para no acudir, tal como habían convenido.

Con paso irresoluto, Galdew se acercó a la mesa y se sirvió una copa de licor.

—Les ruego me dispensen —dijo—. Cuando oí los gritos, me levanté tan apresuradamente que resbalé y caí de espaldas, golpeándome contra un saliente de la cama. He perdido el conocimiento durante algunos minutos y... ¿Qué ha sucedido, si se puede saber?

—La señorita Pannox ha visto el calamar —informó Haffner ceñudamente.

—¿Es cierto eso, Cassie? —preguntó el joven.

Ella asintió en silencio.

—Estuvo a punto de alcanzarme —dijo.

—Afortunadamente, se ha salvado, de lo que me alegro —manifestó Galdew—. Pero ¿qué hacía en el exterior a semejantes horas?

Cassie entendió que, pese a lo que había visto, debía seguir la comedia.

—Estaba insomne y decidí pasear un poco, a fin de conciliar el sueño —declaró.

—Cometió usted una solemne imprudencia —dijo Haffner con severidad—. Aun sin la existencia de ese diabólico calamar, pasear por el exterior en una noche tan oscura, significa correr graves riesgos.

—Le aseguro que no lo repetiré, capitán —prometió la muchacha. Haciendo un esfuerzo, se puso en pie—. Voy a ver si descanso un poco. Les ruego me perdonen las molestias que les he originado por mi causa.

—La acompañaré hasta su habitación —se ofreció Galdew.

Los dos jóvenes abandonaron la estancia.

—¿Será verdad que vio el calamar? —preguntó Millman, apenas se hubieron quedados solos.

—No lo sé —respondió Haffner, profundamente preocupado—. Pero sí estoy seguro de una cosa: Browne debe tener la lancha aquí, para la una de la tarde como máximo.

—En cuanto haya un poco de luz, saldré hacia la aldea —prometió el aludido. Se estremeció un instante y añadió—: ¡Diablos, no volvería a pasar aquí otra noche, por todo el oro del mundo!

—A las tres de la tarde, mientras esos dos duermen, nos iremos —aseguró Haffner con voz rotunda.

Millman soltó una risita.

—Creo que con la parte que me toca del botín, viviré en lo sucesivo a cien kilómetros de la costa, donde no haya más agua que la del grifo. ¡Ni en lata voy a ver más a los calamares! —exclamó concluyentemente.

Cassie se dejó caer en el borde de la cama. Las piernas le flaqueaban todavía.

—Sharmyn —dijo dramáticamente—, es cierto.

—¿Que es cierto, qué? —preguntó él.

—Vi al calamar.

Hubo una pausa de silencio.

—Cassie, no estará hablando en serio —dijo Galdew, al cabo de unos instantes.

La chica se pasó una mano por la frente.

—Sé que le parecerá increíble, pero es cierto. Tan pronto hube lanzado el primer grito, surgió el brazo del calamar, moviéndose horriblemente. Apenas tuve tiempo de dar un salto y apartarme de él... Le aseguro que no me alcanzó por centímetros, Sharmyn. Créame, se lo ruego.

Galdew la miró atentamente. Cassie parecía hablar en serio.

Su aspecto, salvo la palidez del rostro, era normal. No parecía haber sufrido ninguna perturbación interior, que le hubiese podido causar alucinaciones.

La declaración de la chica le desconcertó profundamente.

—Lo curioso del caso es que usted se inventó una historia, que luego se ha convertido en realidad.

—Lo hice pensando en que hay muchos marinos que tienen y dan crédito a ciertas supersticiones —respondió ella—. Pero en el caso del capitán Haffner y sus cómplices, esto podía tener más visos de realidad, para ellos, claro, dado el complejo de culpabilidad que inevitablemente padecen. ¡Pero yo no soy culpable y lo he visto, Sharmyn! —exclamó Cassie con voz crispada.

Galdew tomó sus manos. Estaban heladas.

—Cálmese usted —aconsejó con voz persuasiva—. Olvide ahora el calamar. Es posible que ya no lo vuelva a ver más... pero ahora habremos de pensar en otros problemas más acuciantes.

—¿A qué se refiere usted, Sharmyn? —preguntó ella.

—Estuve en el cuarto de Haffner. Todo salió tal como lo habíamos planeado.

—¿Tenían el dinero?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Lo siento, Cassie. Cuando abandonaba el dormitorio, alguien me golpeó en la cabeza y me atontó, llevándose el maletín con las cuatrocientas mil libras.

—¡Dios mío! —dijo ella, horrorizada.

—Me inventé la historia de la caída al saltar del lecho, a fin de no levantar más sospechas. Pero lo cierto, absolutamente cierto, es que fui golpeado, que perdí el conocimiento unos minutos... ¡y que el maletín se ha volatilizado!

Cassie le miró atónita.

—¿Quién pudo ser? —preguntó—. Haffner, Browne y Millman

estaban fuera, buscándome. Recuerdo haber oído las voces de los tres y...

Se puso en pie de un salto.

—¡Ya sé quién ha sido, Sharmyn! —exclamó.

—Estamos pensando en la misma persona, Cassie —concordó él.

—Jubal Mac Davis, el torrero del faro.

—Exactamente.

Sobrevino un espacio de silencio. Cruzados los brazos bajo el seno, Cassie empezó a pasearse por la habitación.

—Es obvio que Mac Davis, y también su esposa, están enterados de lo que pasa por aquí. Pero ¿cómo han podido saberlo?

Galdew se sentó desmadejadamente en un sillón.

—No lo sé —dijo—. No tengo la menor idea. Ahora voy a tratar de descansar un poco. Mañana por la mañana...

—¿Irás al faro?

—Sí.

—Le acompañaré.

Cassie se mordió los labios, mientras continuaba sus paseos, haciendo funcionar su cerebro con gran actividad.

De pronto, se detuvo y exclamó:

—Sharmyn, ya sé dónde está la solución. Luisa Mac Davis mencionó que había tenido un hermano en la marina mercante y... ¡Oh, se ha dormido! —dijo decepcionadamente.

Al cabo de unos momentos, se tendió en el lecho, envolviéndose en una manta y poco después, dormía profundamente.

Quien no estaba dormido era Galdew.

El joven esperó todavía un buen rato, hasta que hubo adquirido la seguridad de que Cassie no despertaría. Entonces se levantó y, sin hacer el menor ruido abandonó el cuarto.

Caminó hasta el salón, asomando la cabeza cautelosamente por la puerta. Browne y Millman, repantigados en cómodos sillones, junto a la chimenea, estaban sumidos en un profundo sueño.

El joven procuró moverse por la estancia sin causar el menor ruido.

La búsqueda duró un buen rato. Al fin, encontró lo que deseaba.

Estaba adosado a la parte inferior de una consola, a pocos centímetros del suelo. Lo tocó con los dedos, pero no quiso arrancarlo, a fin de no infundir sospechas.

Era un micrófono que recogía fielmente cualquier sonido que se produjera en la habitación.

No importaba por dónde salía el hilo, porque sabía dónde estaba el otro extremo.

Oyó que uno de los marineros se movía y se acercó a la mesa. Tomó la botella y una copa, haciendo que los vidrios chocaran levemente.

Millman abrió un ojo. Galdew emitió una sonrisa de circunstancias.

—Siento haberle despertado —susurró—, pero tenía ganas de tomarme una copa.

Millman hizo un gesto de indiferencia. Se removió un poco en el sillón, buscando una postura más cómoda, y volvió a cerrar los ojos.

Aunque no sentía deseo, Galdew se vio obligado a ingerir el contenido de la copa, a fin de que la viesan vacía por la mañana. Torciendo el gesto, se retiró al dormitorio.

Estuvo levantado hasta que empezó a clarear el día. Entonces oyó el ruido de una puerta que se cerraba.

Sonrió satisfecho. Browne se dirigía a la aldea en busca de la lancha.

Les dejaría marchar. No irían muy lejos.

Se enterarían de que faltaba el dinero. Volverían a la casa. Entonces...

Pero antes tenía que hacer otra cosa: una visita al faro.

CAPÍTULO XIII

Sharmyn Galdew se durmió esta vez tranquilamente y estuvo durmiendo hasta muy entrada la mañana.

Cuando se despertó, vio que Cassie no se hallaba en el dormitorio. Pasó al cuarto de baño, se aseó rápidamente y se dirigió al salón.

Haffner leía un libro. Millman contemplaba el panorama a través de la ventana.

—¿Han visto a la señorita Pannox? —preguntó.

—Está en la cocina —respondió Haffner, sin mirarle.

—Gracias, capitán.

Galdew se encaminó a la cocina. El olor a tocino frito y huevos le asaltó inmediatamente.

Cassie aparecía fresca y lozana. Le miró con una brillante sonrisa en sus jugosos labios.

—Estaba terminando el desayuno —dijo—. Entonces le hubiera despertado, Sharmyn.

—Le ahorraré un trabajo —contestó él, sentándose a la mesa—. ¿Le importa que diga que tengo un hambre de lobo?

—Me agradan los hombres con buen apetito —manifestó Cassie de buen humor.

—Oh, en cuanto a eso, soy una plaga de langosta con figura humana. Está usted muy alegre y sé por qué es, Cassie —añadió el joven.

—A ver, hable —pidió la chica.

—Tenía usted razón: el meollo del asunto, o buena parte del mismo, cuando menos, está en el hermano marinero de Luisa Mac Davis.

—Le ha costado deducirlo, ¿eh? —dijo Cassie con sorna.

—En absoluto. Usted lo hizo por mí.

Cassie le dirigió una rápida mirada.

—No me diga que anoche estaba despierto, Sharmyn.

—Pues sí, lo estaba, pero quería que usted durmiese. Le estaba haciendo mucha falta. Así ha salido esta mañana, fragante y lucida como una rosa recién abierta.

—¡Vaya, qué galante se ha vuelto! Pero usted no lo hizo solamente por mi aspecto, Sharmyn.

—En parte —contestó él.

Ella le puso el plato delante. Galdew atacó su contenido con magnífico apetito, mientras Cassie se sentaba frente a él y le contemplaba con los ojos apoyados en la mesa.

—Me gustaría oír sus explicaciones —dijo.

—Estuve explorando el salón. ¿Se acuerda de los gritos que Luisa Mac Davis dijo haber escuchado?

—Sí; y también sé que no los pudo oír desde el faro.

—No, pero sabía que se iban a producir. Y tanto ella como su esposo han estado enterados desde el primer momento, de cuanto ocurría en la casa.

—¿Qué me dice usted? —se asombró Cassie.

—Sencillamente, que hay un micrófono en el salón —y tal vez algunos más en otras habitaciones de la casa—, el cual está conectado directamente con el faro.

Cassie abrió los ojos de par en par.

—¡Es asombroso! —exclamó—. Pero ¿por qué han hecho eso?

—Primero, por las cuatrocientas mil libras. Y, en segundo lugar, por algo relacionado con el hermano marinero de Luisa, aunque este extremo no acabo de comprenderlo del todo.

—Es posible que tenga usted razón —admitió ella con aire meditabundo—. Y creo que en cuanto aclaremos lo referente al hermano de Luisa Mac Davis, tendremos solucionado el misterio.

—Aún quedarán algunos puntos oscuros —objetó Galdew.

—¿Cuáles?

—Las muertes de Arr y Stockton.

—El calamar...

—No. No convirtamos en realidad lo que no es más que una fantasía, Cassie. No sé cómo lo han hecho, aunque empiezo a figurarme algo al respecto. Pero si de una cosa estoy seguro es que

el calamar no existe.

—Y, sin embargo, yo lo vi, Sharmyn.

—En el faro aclararemos ese misterio —dijo él, sonriendo.

—¿Cuándo piensa ir?

Galdew consultó su reloj.

—Son las once y media. En cuanto haya terminado de desayunar. Imagino que Browne ha debido alquilar ya la canoa y hasta es posible que esté bogando ya hacia aquí. El estado del mar ha mejorado considerablemente y, a poca prisa que se dé, puede llegar en una hora, hora y media todo lo más.

—¿Dejará que se vayan Haffner y sus cómplices?

—El dinero me interesa muchísimo más, Cassie.

—Pero Haffner asesinó a mi padre.

—Muchacha —dijo él gravemente—, temo que no podamos demostrarlo jamás. Lamentablemente, no existen pruebas de su aserto, aunque yo, lo repito una vez más, la crea a usted.

Cassie inclinó la cabeza. Parecía decepcionada.

—Escapará al castigo —murmuró.

—Bastante castigo es para él haber perdido voluntariamente su barco y luego el dinero del seguro —dijo Galdew.

El esbelto seno de la joven se hinchó perceptiblemente. Luego, haciendo un esfuerzo, consiguió sonreír.

—De acuerdo. Ande, termine de desayunar. Estoy ansiosa de ir al faro cuanto antes.

—Desde luego, pero hará el favor de traerme el revólver que le entregué. No me gustaría enfrentarme con los Mac Davis desarmado.

La chica se levantó y salió de la cocina. Instantes después, regresaba con el arma en la mano.

Galdew se la guardó en el bolsillo posterior de la cadera. Luego, con el último sorbo de café, se puso en pie.

—Vamos —dijo.

Al pasar por el salón, Galdew anunció su propósito de dar un paseo.

—Muy bien —contestó Haffner lacónicamente—. Espero que Browne vuelva pronto con un coche. Ustedes se podrán ir entonces y, más adelante, cuando el servicio de Guardacostas haya reparado el camino, les enviaré su automóvil.

—Es usted muy amable, capitán —contestó el joven.

El tiempo había mejorado considerablemente, hasta el extremo de que el cielo aparecía casi sin nubes. Un sol radiante iluminaba la tierra, confiriendo al paisaje un aspecto completamente distinto.

Soplaba una fresca brisa, impregnada de sales marinas. Las olas rompían rumorosamente contra los acantilados, aunque con muchísima menos fuerza que los días precedentes.

Caminaron tranquilamente, sin prisas.

—Si nos están observando, y estoy seguro de que uno de los dos, cuando menos, lo está haciendo, verán que nuestro paseo obedece a motivos puramente recreativos —dijo él.

—No sé cómo tiene humor para hablar así. Yo estoy nerviosísima —confesó la muchacha.

—Tendrá que dominarse. La cosa no va a resultar fácil. Los Mac Davis lo negarán todo.

—¿Y cómo se lo demostrará usted?

—Ya veremos —respondió Galdew, sin comprometerse a nada.

Veinte minutos después, llegaban al pie del faro. La puerta se abrió sin necesidad de que llamasen.

Luisa Mac Davis les acogió con amable sonrisa.

—Les vi venir desde lejos —informó—. ¿Quieren tomar algo?

—Nos gustaría hablar con su marido, señora —expresó el joven.

—Está durmiendo —contestó Luisa.

—Lo siento. Temo que habrá de interrumpir su descanso.

La mujer les contempló aprensivamente.

—Se enfada mucho cuando le despierto sin motivo fundado —dijo.

—En esta ocasión, no le quedará otro remedio que soportar su enojo —declaró Galdew—. Sin embargo, me temo que ese supuesto enfado provendrá de motivos muy distintos que los de la pérdida de su descanso. Haga el favor, señora Mac Davis —terminó Galdew imperativamente.

—Está bien. Suban...

—Suba usted primero, señora. Nosotros esperaremos aquí, tomando el sol en la puerta. Cuando su esposo se haya levantado, llámenos con una simple voz.

Luisa les contempló alternativamente. Cassie se dio cuenta de que la mujer estaba aún más nerviosa que ella misma.

—Está bien, como gusten —contestó Luisa al cabo—. Mi marido estará listo dentro de unos minutos.

Y girando sobre sus talones, emprendió el ascenso por la escalera de caracol.

Apenas hubo desaparecido de su vista, Galdew se precipitó sobre la lona que había bajo la escalera y que ya vio el primer día de su visita al faro. Apartándola a un lado de golpe, dejó al descubierto lo que había debajo.

Cassie dejó escapar una exclamación de asombro.

—¡Dios mío! ¡Es increíble!

—Un magnífico truco, preciso es reconocerlo —sonrió Galdew, satisfecho de su hallazgo.

Parecía una manguera de regar, de goma gris, algo más gruesa de lo ordinario, enrollada cuidadosamente. Uno de sus extremos terminaba en una protuberancia oval, de forma algo aplanada, con numerosos círculos salientes en una de sus caras. En el extremo opuesto, sobresalía un fuerte cordel, provisto de un asa circular de metal. El cordel tenía un centímetro de grueso y era capaz de soportar perfectamente el peso de una persona.

—Aquí está el brazo del calamar —dijo el joven, tirando del extremo en que se hallaba el cordel—. Un grueso tubo de goma, convenientemente pintado y...

—¡Qué coincidencia! —comentó Cassie.

Desenrolló el tubo, que medía seis u ocho metros de largo. Para su tamaño, resultaba sorprendentemente ligero, aunque, de todas formas, pesaba bastante.

—Pues no es goma, sino plástico —dijo él, tras un rápido examen.

—Pero ¿cómo podía atrapar a los hombres? —preguntó ella, atónita.

Galdew reflexionó unos momentos. Luego examinó el extremo en que se hallaba la protuberancia, que se hallaba curvado en semicírculo, y se dio cuenta de que la curvatura era rígida, al menos hacia el exterior. Sin embargo, podía cerrarse hacia adentro.

El joven creyó comprender cómo se manejaba aquel singular artefacto. Cogiéndolo con ambas manos, trató de moverlo como si fuera un gran látigo.

—No puede hacerse aquí dentro, no hay espacio suficiente —

dijo, al observar su primer fracaso—. Saldremos afuera, pero usted quédese vigilando en la puerta.

La muchacha asintió. Galdew arrastró la singular manguera hasta el exterior y repitió la maniobra, pero pasando ahora la muñeca derecha por el extremo argollado del cordel.

El fingido tentáculo se estiró en toda su longitud, serpenteando en el aire como si fuese el de un auténtico calamar gigante. En el momento que Galdew vio que alcanzaba su máxima extensión, tiró de la cuerda.

La extremidad curvada se cerró casi totalmente, a la manera de un lazo. Galdew se estremeció.

—Un hombre podría morir estrangulado —comentó a media voz, y en el mismo momento, la muchacha le llamó.

—Sharmyn, ya bajan.

El joven arrastró rápidamente la manguera hasta el interior. Mac Davis le miró desde la revuelta inmediatamente superior de la escalera de caracol.

—De modo que lo ha descubierto, ¿eh? —dijo, con voz chirriante.

—Si no le importa —respondió Galdew tranquilamente. Y añadió—: Esto parece un truco de escenario de cine.

—Es que, hace años, trabajé en unos estudios cinematográficos, en la sección de efectos especiales —explicó el torrero con pasmosa sangre fría.

Su esposa les miraba desde un poco más arriba.

—Subamos, Cassie —dijo Galdew, tomando a la muchacha por el brazo.

El torrero y su esposa retrocedieron. Galdew tenía la mano derecha metida en el bolsillo de su abrigo impermeable, empuñando disimuladamente el revólver.

Entraron en el comedor. Mac Davis les miró desafiante.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que quieren de mí? —preguntó.

—Sólo una cosa: las cuatrocientas mil libras que usted me arrebató anoche, después de atontarme, mientras su esposa asustaba a la señorita Pannox con el fingido tentáculo —respondió el joven sin amilanarse.

—De modo que usted también ambicionaba esa enorme suma de dinero, ¿eh? —contestó Mac Davis—. Por lo visto, no era yo el

único que deseaba hacerse rico.

—Se equivoca —declaró Galdew fríamente—. Yo no lo quiero para mí, sino para la empresa que lo pagó de buena fe. El

Lloyd's

de Londres; me parece que usted ha debido oír hablar de él, ¿no es así?

Los Mac Davis se quedaron estupefactos.

—¡El

Lloyd's!

—repitió la mujer.

—Así es —confirmó Galdew serenamente—. Soy un agente investigador de esa compañía de seguros, que trataba de averiguar si el hundimiento del «Rowndelaer» fue auténtico o provocado. En este último caso, naturalmente, el propietario de la nave, pierde el derecho al seguro contratado, además de las responsabilidades penales que haya podido contraer por su acción delictiva. Recibe el nombre de baratería, por si lo ignoran —agregó el joven—, pero lo que han hecho ustedes tiene otro nombre muy distinto: ¡asesinato!

—No podrá probar que nosotros hicimos nada —gruñó el torrero.

—Resultará un poco difícil, en efecto —convino el joven—, pero, de todas formas, me alegro de no estar en el lugar de ustedes dos. El dinero, por favor —pidió imperativamente.

Luisa adelantó el busto con gesto agresivo.

—¡No se lo entregaremos jamás! —gritó.

Galdew sacó el revólver.

—Me lo entregarán —afirmó—. En todos los faros hay un cuarto donde se guardan las señales luminosas para casos de socorro: bengalas y demás.

Luisa miró a su esposo con gesto abatido.

—¿Habremos de rendirnos ahora? —murmuró.

Mac Davis parecía también muy deprimido.

—Si no me hubieses metido tú esas ideas locas en la cabeza... —masculló.

—¡El primer maquinista del «Rowndelaer» era mi hermano! —vociferó la mujer—. Tú fuiste el primero en decirme que era preciso vengar su muerte, matando a todos cuantos intervinieron en el hundimiento de la nave.

—No. Yo dije solamente que esos miserables merecían la muerte, pero tú...

—Es lo mismo —cortó Galdew enérgicamente—. No importa quién lo hiciera; está hecho y eso es algo que no se puede rectificar. El dinero, por favor —repitió otra vez. Meneó la cabeza y dijo—: Mac Davis, usted había tendido una red de escucha de la casa al faro, ¿no es así?

—Sí —admitió el torrero en voz baja.

—¿Cómo se le ocurrió la idea de emplear el truco del supuesto tentáculo de calamar gigante?

—Leí las declaraciones de quienes dijeron haber visto la muerte del primer oficial y concebí la idea de fabricar el falso tentáculo para aterrorizarles.

—El primer oficial del «Rowndelaer» era mi padre —dijo Cassie con voz sorda.

—Lo sé —admitió Mac Davis.

—Usted cometió un error, por lo menos —acusó Galdew—. Dijo que Stockton había sido un imprudente al caminar por la noche, cuando lo cierto es que, de haber sido inocente, no debería haber sabido la hora en que murió. Sin embargo, aún había la suficiente luz, muy poca, pero bastante, repito, para que pudiera atravesar el trozo de camino derrumbado.

»Como torrero, usted conoce perfectamente los menores recovecos de Sword Point —continuó el joven—. Merced a ese conocimiento, podía caminar por los acantilados, pasando por sitios que ninguna persona corriente habría atravesado siquiera. El falso tentáculo pesa bastante, pero en sus fuertes brazos resulta muy ligero... —miró a Luisa—: Y usted, por lo que veo, no es una muñeca precisamente. ¿Quiso matar de veras a Cassie?».

Luisa sacudió la cabeza.

—No, sólo asustarla, mientras mi esposo entraba en la casa y recogía el dinero —confesó.

Galdew se enfrentó de nuevo con el torrero.

—Pero preparar un truco semejante lleva mucho tiempo —dijo.

—Haffner llevaba más de un año en la casa. Tuve tiempo suficiente.

—¿Cómo es que vivía aquí desde esa época? —se extrañó Cassie.

—Seguramente, la había convertido en una especie de cuartel

general. De cuando en cuando, hacía un viaje y traía una porción del seguro, reuniéndolo poco a poco. La casa era el lugar ideal para refugio de un capitán de barco, de cierta edad y amargado por la pérdida de su buque —opinó Galdew.

—Eso es lo que solía decir él —convino el torrero.

—Pero Haffner tenía disecado el brazo auténtico del calamar —exclamó Galdew de pronto.

Mac Davis sonrió.

—Escuchamos las palabras de la señorita Pannox cuando llegó a la casa. Eso me hizo concebir la idea de llevármelo.

—¿Cómo se las arregló? Porque no había huellas en el suelo de la sala —dijo Cassie, extrañada.

—Sencillamente, abrí la ventana con un cortaplumas y entré descalzo.

—Después de haber arrojado a Zoltan Arr al abismo —habló Galdew.

—¡Era tan asesino como los otros! —contestó el torrero con voz agria.

—Usted no posee ninguna autoridad legal para juzgar a sus semejantes —argumentó el joven—. Esa red de escucha debió haber sido empleada con mejores fines.

Los dos esposos se miraron.

—Dale el dinero, Luisa —dijo Mac Davis.

La mujer asintió en silencio. En uno de los lados de la estancia había una mesa adosada junto a la pared, bajo la cual se divisaba el maletín del joven. Había también un saquete de lona y un cajón de madera, que parecía de conservas.

Luisa se inclinó y sacó el maletín, colocándolo sobre la mesa del centro. Galdew alargó la mano izquierda, sin quitar los ojos del rostro de Mac Davis, de cuya mansedumbre no se fiaba en absoluto.

Pero no llegó a tocar el asa del maletín. La puerta se abrió bruscamente y Haffner, seguido por Millman, entró en la estancia, empuñando una pistola automática.

—¡Tire ese revólver, Galdew! —ordenó el viejo lobo de mar—. ¡Hágalo o le mataré en el acto!

CAPÍTULO XIV

De haber estado solo, Galdew se hubiera arriesgado a enfrentarse con Haffner, a quien se veía enfebrecido por la avidez de poseer nuevamente el dinero. Pero no quiso arriesgar la vida de Cassie, temeroso de que se produjera un tiroteo, con el que ella habría podido resultar alcanzada por alguno de los proyectiles.

Tras unos segundos de titubeo, arrojó el revólver sobre la mesa. Haffner sonrió satisfecho.

—Así me gusta, detective —dijo—. Millman, ve abajo y avísame así que veas el bote.

—Bien, capitán —respondió el marinero, desapareciendo escaleras abajo.

Haffner volvió a sonreír.

—Estaré aquí hasta que me anuncies la llegada del bote —dio un paso, se apoderó del maletín y retrocedió de nuevo, sin dejar de cubrirles con la pistola—. No quiero que avisen sobre mi marcha, hasta que sea demasiado tarde.

—No conseguirá ir muy lejos —advirtió Galdew—. Estamos enterados de sus propósitos de fingir que ha muerto...

—¡Cállese, detective! —ordenó Haffner abruptamente. Luego miró al torrero—. De modo que fue usted el autor del truco del tentáculo. —Sonrió con cinismo—. De todas formas, aún tengo que estarle agradecido, Mac Davis; al eliminar a dos de mis compañeros, aumenta la parte que me corresponde.

—¿Cómo se enteró de que era Mac Davis el autor? —preguntó el joven.

—Simplemente, les seguimos —respondió Haffner—. Entramos en el faro y vimos el falso tentáculo. El resto es fácil de adivinar.

—Ella. —Galdew señaló a Luisa— era hermana de Farney, su

maquinista.

Haffner pareció sorprenderse.

—Lo siento —dijo—. No era nuestra intención causar víctimas.

—Pero mataron a mi padre, porque se negó a cooperar en el hundimiento del «Rowndelaer» —exclamó la chica, visiblemente excitada—. Y se inventaron aquella fábula del brazo del calamar —le apuntó con el índice—. Recuerde esto que le digo, capitán; el calamar volverá a buscarle y se vengará, por el brazo que le cortó.

Haffner dio muestras de sufrir una fuerte impresión. Se recuperó, sin embargo, y sonrió:

—¡Bah, pura fábula! —exclamó en tono despectivo.

La voz de Millman llegó desde abajo repentinamente.

—¡Capitán, la lancha está a la vista!

—¡Hombre! —exclamó Haffner de buen humor—. Browne ha cumplido como los buenos. Incluso llega antes de lo provisto...

—¡Canalla! —gritó Luisa de pronto, abalanzándose hacia la mesa, donde estaba el revólver de Galdew—. ¡Mataste a mi hermano, miserable, pero yo...!

En el momento en que asía la culata del arma, sonó una detonación.

Cassie emitió un agudo grito. Luisa lanzó un apagado gemido y apoyó el busto sobre la tabla de la mesa. Luego, lentamente, se deslizó hasta quedar tendida en el suelo. Una gran mancha de sangre aparecía en el centro de su pecho y sus ojos miraban fijamente al techo.

—¡Maldición! —juró Haffner—. Ella me obligó...

Y se lanzó fuera de la estancia, cerrando la puerta de golpe.

Galdew se arrodilló junto a la mujer. Tomó su muñeca y estuvo así unos momentos.

Luego se puso en pie y miró al torrero. Mac Davis aparecía como alelado, convertido en una estatua.

—Luisa —sollozó de pronto, arrojándose sobre el cadáver—. ¿Por qué te hice caso?

Galdew agarró su revólver y se precipitó fuera de la habitación. Vio al frente otra puerta y la abrió, penetrando en la cocina del faro.

La ventana daba al exterior, casi encima de la entrada a la torre. Galdew forcejeó para abrir el pestillo de seguridad.

Haffner corría ya hacia los acantilados. Al pie, en un lugar de relativamente fácil acceso, esperaba Browne con la lancha, una pequeña motora que daba la sensación de poseer un motor de gran potencia.

Apuntó un momento con el revólver, pero desistió casi en el acto. La distancia era excesiva para conseguir un blanco, máxime cuando no era un buen tirador.

—Se escapan —dijo Cassie a su lado.

—Sí, no podemos evitarlo —murmuró Galdew decepcionadamente.

Los dos hombres alcanzaron la canoa. Browne soltó las amarras y puso el motor en marcha, apartándose de la costa.

Cuando estuvo a unos metros de distancia, viró y se lanzó mar adentro. Haffner se volvió en la popa y agitó el brazo burlonamente.

—Ahora —dijo Galdew—. Mac Davis tendrá que dejarnos usar la radio, vaya o no contra los reglamentos...

Súbitamente, Cassie dejó escapar un agudo grito.

—¡Sharmyn! ¡Mira!

Las aguas se arremolinaron a muy poca distancia de la motora. Algo horrible y monstruoso emergió parcialmente fuera del agua.

Un largo y serpenteante tentáculo se agitó en el aire. Hasta los oídos de los dos jóvenes llegó el desgarrador alarido del capitán Haffner.

El tentáculo osciló ligeramente y golpeó la obra muerta, hacia el centro, por babor. Torrentes de líquido irrumpieron tumultuosamente en el acto de la navecilla, que empezó a escorar de un modo alarmante.

Asustados, los dos marineros se lanzaron al agua. Haffner quiso imitarles, pero vaciló, por no soltar el preciado maletín que tenía en la mano.

Entonces, el largo brazo del cefalópodo le agarró por la cintura, izándolo unos segundos en el aire. Desde el faro podían escucharse los espeluznantes gritos que emitía.

El calamar permaneció unos momentos fuera. Luego, bruscamente, se hundió en las profundidades, arrastrando consigo a su presa. Los alaridos de Haffner cesaron en el acto.

Galdew se volvió y miró a Cassie. La muchacha tenía el rostro

como el mármol y daba la sensación de ir a desmayarse de un momento a otro.

Galdew la sujetó por un brazo. Ella meneó la cabeza.

—No, déjame... Creo que conseguiré mantenerme en pie...

Galdew miró de nuevo hacia el mar. Los dos marineros se esforzaban por ganar la costa a nado. Le sería fácil reducirlos, con la ayuda del revólver.

«Pero el dinero del seguro se había perdido», pensó amargamente.

Regresó a la otra habitación. Mac Davis se puso en pie y le dirigió una turbia mirada.

—El dinero está ahí —dijo, señalando el saquete que se hallaba bajo la mesa—. Yo no lo quiero ya. ¿De qué me sirve sin ella? —añadió con voz dolorida.

Galdew le miró atónito.

—Sabíamos que vendrían —continuó el torrero—. También hay un micrófono en la cocina de la casa. Por ello, pensábamos engañarles y...

De pronto, se le quebró la voz. Tapándose los ojos con las manos, prorrumpió en amargos sollozos. Galdew sintió una infinita compasión de aquel hombre, enorme como un castillo, arrastrado a los peores crímenes por la ambición de una mujer cegada por el ansia de la venganza y por la codicia.

Miró de nuevo a Cassie.

—Hazle compañía —dijo—. Yo voy a ver si pesco a esos dos pájaros de cuenta. Tendrán mucho que declarar... ¡y ahora dirán toda la verdad! —concluyó.

EPÍLOGO

Algunos días más tarde, Sharmyn Galdew, concluida la parte principal de su tarea, fue a visitar a la muchacha en el apartamento que ella tenía en Londres.

Cassie le sirvió el té y luego se sentó frente a él. Tras unos momentos de diálogo banal, cayeron inevitablemente en los acontecimientos sucedidos en Sword Point.

—A veces —dijo ella pensativamente—, me siento culpable. Fue como si hubiese dispuesto en aquellos momentos de un poder fabuloso, mágico, que me hubiera permitido llamar al calamar para que matase a Haffner.

—Fue una simple casualidad, Cassie —contestó él—. ¿Quién sabe de qué remotas regiones habría llegado aquel cefalópodo? Posiblemente, confundió, en su voracidad, la lancha con un cetáceo y por ello la atacó. Tal vez le asustó el ruido del motor, transmitido a través de la capa líquida... y no olvidemos tampoco, que las aguas son muy profundas en aquel lugar.

—¿Sería el mismo que perdió el brazo a manos de Haffner? —preguntó Cassie con aire ausente.

—¿Quién lo podría decir? —murmuró Galdew—. Lo único cierto es que el destino tiene un brazo muy largo y que cada cual es alcanzado por ese brazo en su momento, recibiendo entonces el premio o el castigo a que se ha hecho acreedor por sus acciones.

—Sí, es cierto —convino la chica.

Galdew carraspeó para aclararse la voz. Luego dijo:

—Nosotros nos conocimos cuando tú viniste a expresar tus sospechas acerca de la muerte nada clara de tu padre. Fue el brazo del destino el que nos reunió... y me gustaría que esa reunión se convirtiese en algo... definitivo.

Ella le miró y sonrió hechiceramente.

—Has tardado un poco en decidirte, querido —contestó.

Entonces, el joven se puso en pie y, tomándola de las manos, la hizo incorporarse también. Rodeó su cintura y se inclinó hacia ella.

—En estos momentos me siento un poco calamar —dijo.

—Con tal de que no aprietes demasiado —contestó ella maliciosamente.

—Sólo lo preciso —murmuró Galdew, acercando sus labios a los de Cassie—. ¿Te parece bien así?

La chica emitió un profundo suspiro.

—¡Maravilloso! —exclamó.

Y después ya no pudo decir nada más.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 pfas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

REDA

un **VETERANO** SABOR!...



OSBORNE *Fundada en 1772*

Notas

[1] Auténtico. (N. del A.). < <